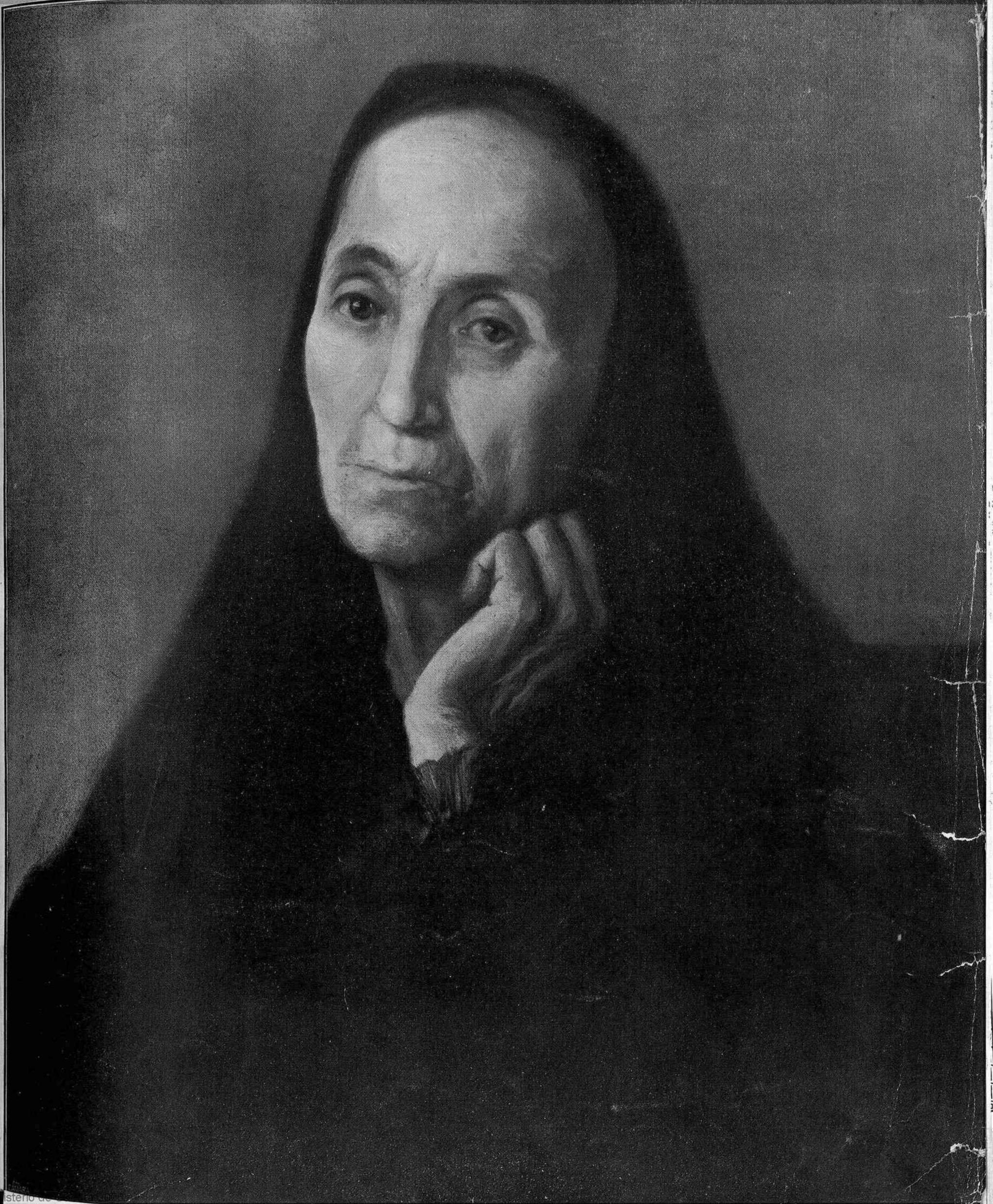


La Esfera

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año I * Núm. 30

Precio: 50 cénts.





El Jabón
HENO de **PRAVIA**
suaviza la piel

Ehrmann.

Año I

25 de Julio de 1914

Núm. 30

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA CONDESA ZIA TORBY

Hija del gran duque Miguel Michailovitch, de Rusia, y de la condesa Sofia de Merenberg, que va a casarse con el príncipe Alejandro de Battenberg, hermano de la Reina de España, Doña Victoria

DE LA VIDA QUE PASA
UNA HEROINA

No ciñe precisamente el casco de Palas; ni va seccionando guerreros con las cuchillas de su carro. No es Phantasia rompiendo á lanzazos, los enemigos escuadrones.

No es tampoco cualquier Fragosa, émula, en hazañas taurinas, de Joselito y de Belmonte.

Ni aun á las batallas de amor puede esta heroína lanzarse, segura de abrazar corazones con el llameo de sus ojos.

¡Sus ojos!... ¡Pobres ojos!... Miran sin ver. Inexpresivos mates, recorren el espacio, como los pájaros heridos, sin dirección fija, titubeantes, girando y regirando.

Mi heroína es ciega y, por si fuera ciego poco, pobre. No obstante, ha sabido, ha podido pelear con la vida y obtener en la pelea decisivas victorias.

No es pequeña la representación por el hogar que rige con los ojos ensombrecidos y el alma radiante amor.

Al fuego de este amor, resplandece la felicidad en los corazones de los hijos y del esposo.

Es la vivienda modelo de limpieza y buen orden. Llevando en el tacto las pupilas, la recorre Leonor Montero para quitar á los muebles polvo; y dejar el piso reluciente como un espejo; y pulir los cristales; y bruñir la loza; y acrecer, con el va y ven de sus manos pulcras, las blancuras de la cama nupcial y de los lechos infantiles.

Ella atiza en el fogón la lumbre, y espuma la olla jornalera. Limpio va al trabajo el marido; limpios los chicos á la escuela. Leonor sabe alargar el tiempo; aún le sobra, luego de rematados los quehaceres domésticos, para ganarse un buen jornal en el oficio de sillera. Ninguna le aventaja, en prontitud y simetría, tramando respaldos y asientos.

No vino ciega al mundo. Con las pupilas alumbradas por el santo amor de la infancia, llegó á la cuna de un chicuelo pobre que sufría difteria. Era hijo de un vecino. Un lazo más noble que el egoísta familiar, el lazo fraterno, que debía unir á todos los hombres, la retuvo junto al lecho de la criaturita enferma. Faltaba la madre en aquel hogar: Leonor Montero hizo sus veces.

Inclinada sobre el infante, peleó con la dolencia cuerpo á cuerpo. Sus dedos entraban en la boquita muchachil, distendida por los tironazos del ahogo, para romper la membrana homicida, para abrir paso al aire que reclamaban los pulmones. En uno de esos minutos épicos, en una de aquellas peleas á brazo partido con la muerte, un golpe de tos sacudió la garganta del niño; saltó el esputo al aire y abriéndose en mil átomos asesinos, alfileteró las pupilas de la enfermera.



El niño triunfó de la muerte; pero ésta no quiso dejar la vivienda sin llevarse algo entre las garras; vencida por una valiente mujer, le hizo pagar cara la victoria: asesinó sus ojos.

Tal vez, cuando sin luz en ellos, buscaba Leonor, á tientas, las manos del chiquillo salvado, otra luz más perenne, sin ocaso, llenó su alma de claridad:s.

Lo cierto es que, al salir de su enfermedad, al poner en tierra la planta, después de oscilar torpemente, de tender al espacio, siempre ya invisible para ella, los brazos, la ciega se afirmó bravamente sobre sus pies, sonrió á la sombra y dió cara á la vida.

No hubo en su gesto contracciones de rebeldía, en su boca frases de protesta, en sus manos crispaciones de cólera, en su entrecejo fruncimientos de amenaza y rencor.

No los hubo siendo tan cruel, tan inmerecida su desgracia.

¡Haber visto y no ver!... ¿Hay martirio más bárbaro?

Quien nunca vió, puede resignarse á que luz y color no sean para él: los desconoce. Quien llegó á disfrutarlos en su plenitud soberana, ¿cómo se consolará de haberlos perdido? ¿Recordándolos?

Decid á quien amó de veras, á quien poseyó totalmente un alma y un cuerpo, complementarios de los suyos, que se conforme con recordar á la criatura adorada, cuando ésta, por traición, le abandone. No lo hará. El recuerdo acaba siendo dulce, consolador, si á muertos evoca. Evocando vivos que nos traicionaron y nos abandonaron, el recuerdo trae á la conciencia desesperación y odios.

Hermanas de esos amantes traicionados y abandonados, son las criaturas cuyas pupilas vieron y ya nunca más podrán ver.

Leonor se sobrepuso á odios y desesperaciones; hizo más: perdonó la injusticia con que pagara el azar sus caritativos desvelos y siguió siendo buena y echó vida adelante esperanzada, alegre, poniendo en su risa toda la luz que había huido de sus ojos.

¿No es ello heroísmo?

Héroes de la guerra, vosotros lo sois en una pelea de minutos. Leonor lo fué durante años y años, has a que un hombre, ciñéndola con abrazo de honrado amor, puso un beso en su boca.

Entonces comenzó otra batalla. Claro que desde entonces combatió sostenida, primero por la pasión del hombre; después por una pasión menos egoísta y más fuerte: la pasión de los hijos.

Pero, ¡que de luchas para que el hombre no eche de menos en su hogar

á la mujer que con una mirada sola, puede recorrerlo y vigilarlo todo; á la que sabe decir sin palabras y sin ademanes su amor, escribiéndolo, con rayos de voluptuosidad, en sus pupilas, medio ocultas por el entorno de los párpados! ¡Qué de esfuerzos para guiar, sin ayuda los primeros pasos de los hijos! ¡Qué de solicitud para suplir con el tacto la vista á fin de que los hijos iguallen y hasta sobrepujen en aso á los de madres más felices!

Y una vez finado el diario trañín, una vez pagado con atenciones y caricias, el afecto de sus vástagos y de su hombre, á ayudar á éste en el empeño de ganarse la vida, á pasar horas y horas encorvada sobre el bastidor que forman los travesaños de una silla, tramando juncos, mimbres, acelerando, forzando la faena para que el jornal acreciente, para que, luego de unido al del varón y hecho el cálculo de las semanales urgencias, reste un algo libre á previsión de enfermedades y otro algo por cuya virtud sea el domingo campesino festín, comunión familiar que el padre Sol consagre.

Este es el vivir de la ciega que hace dos semanas ganó un premio de treinta pesetas en torneo público de virtudes. Ignoro si á las pesetas unirían una corona.

Seguramente que tal premio y que tal corona, fuera parte el honor, habrá importado muy poco á la heroína.

¿Dónde corona igual á la que, formando un círculo de luz, enjocará el alma de la ciega contemplando felices el hombre y los hijos que no puede mirar con sus ojos?

JOAQUÍN DICENTA

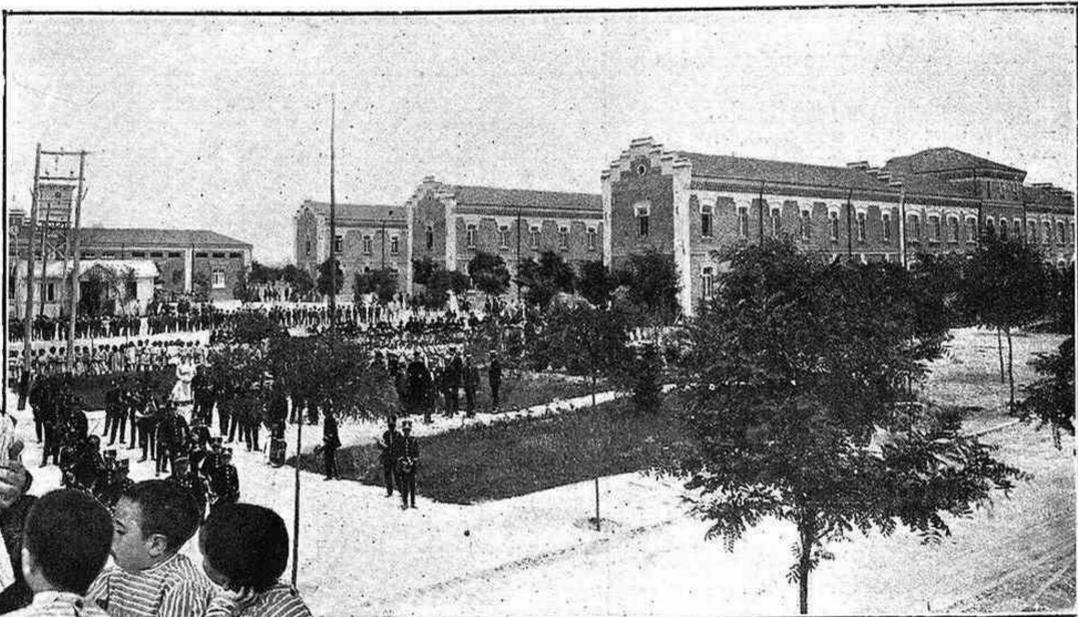
DIBUJO DE OLIVERA

NUESTRAS VISITAS
LA CARIDAD MADRILEÑA

En el automóvil □ El entusiasmo de Alvarez Arranz □ La pobreza del camino □ Los angelitos de "La Paloma" □ El Director y los profesores □ Mil acogidos, de Madrid, á 82 céntimos Estudian y aprenden □ Formando hombres trabajadores y de bien La limpieza, la higiene y la salud □ En el comedor □ La alegría del jorobadito □ Bien comidos y bien tratados □ ¡Madre!...



El capellán de las Escuelas de la Paloma enseñando la doctrina á los niños



Vista general de las Escuelas de la Paloma

Cuando ya estuvimos acomodados en los asientos, partió el automóvil, ráudo, por la calle Mayor. Campúa le conducía; en los baquets interiores íbamos apretadamente sentados, el Teniente de Alcalde del Centro, D. José Alvarez Arranz, el Catedrático señor Asensio y este incauto cronista.

La mañana era cálida, limpia y transparente. El sol, que ya comenzaba á bajar hasta las aceras, quemaba como el reflejo de un incendio, y el cielo, de un añil purísimo, remozaba seres y cosas. Corría á ratos un suave céfiro dulce como caricias de mujer.

—Son las nueve y media—observó el señor Alvarez Arranz cuando atravesábamos la Puerta del Sol.—A las diez podemos estar en la Paloma.

Y el rostro pequeño, redondo y sanguíneo de nuestro talentoso amigo se animaba con una íntima satisfacción al hablar de la excelente obra benéfica que íbamos á visitar y de la cual es él Concejal Delegado.

—Cuando estuvo aquí el alcalde de París—nos decía—¿usted recordará que visitó el Colegio de la Paloma?... Pues bien; se llevó de él una impresión agradabilísima, hasta el punto, que hace pocos días tuve la grata sorpresa de recibir una carta rogándome encarecidamente que le enviase datos relativos á la constitución y entretenimiento de este Protectorado, para crear en París uno análogo.

—Veo amigo Arranz,—dije yo—que siente usted un gran entusiasmo hablando de esto.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Y pongo al servicio de esta causa toda mi actividad... Y no crea usted que yo solo; nó. Tanto el Alcalde como todos los concejales, estamos de acuerdo en esta obra de caridad. Hasta los socialistas, que, como sabe usted, no están en la mejor armonía política conmigo, son los primeros en apoyar las iniciativas que se traducen en beneficios para la Paloma... Alguno

establecimiento, sólo existía una conducción de aguas que no era suficiente, y hoy ya hemos instalado dos, con lo cual está bien dotado. Aquéllo, como verá usted, es una gran finca de enorme extensión; esta finca en manos de un particular produciría bastantes beneficios porque sus tierras serían utilizadas para labranza; pues bien; yo persigo esto del Ayuntamiento. Allí se puede hacer una buena granja agrícola suficiente, por lo menos, para atender las necesidades del establecimiento. ¿No les parece á ustedes?...

Asentimos...

El coche dejaba atrás los Cuatro Caminos. En la calle Bravo Murillo tuvo que detener su velocidad porque la carretera estaba obstruida por numerosos carros de traperos. Era aquello una triste peregrinación de pobreza, una amarga comparsa de miseria y hambre. Los carros

nas mejoras he conseguido; una de las principales es que cuente con abundancia de agua, pues antes, para la bebida y demás usos del es-

desvencijados, rebosantes de basuras con festones de esteras viejas y pedazos de saco, eran arrastrados en su mayoría por borriquillos flacuchos que andaban lentamente á fuerza de tirar de ellos, niños, mujeres y zagalones, sucios y andrajosos, algunos con los pies descalzos... Envueltos en el polvo del camino y en el humo del auto llegamos á la carretera de Francia; allí viró el coche y volvió á recobrar su velocidad como si unas alas invisibles le impulsaran. A los pocos instantes descubrimos á la derecha, en una meseta de la Dehesa de la Villa y ante el fondo frondoso de los pinares, los pabellones coquetos y rojizos donde se albergan los pobres hijos de Madrid, desheredados de la fortuna y para los cuales nuestro vilipendiado municipio tiene un beso de Caridad.

¡Santa Caridad!, tan bien administrada y tan noblemente entendida, que para no vejar ni humillar al que de ella necesita y se acoge en este santo establecimiento han sustituido sus directores la palabra «asilo» por «escuela» Escuela y talleres de Ntra. Sra. de la Paloma. Solo esta delicadeza espiritual, honra á un pueblo...

Al penetrar el coche en la explanada, acudieron presurosos grupos de niñas y niños, como bandadas de palomas... Los nenes, á nuestro paso, se descubrían respetuosamente, mostrándonos sus rostros risueños, gordos, sanos y bien tostados por el sol y por el aire de Guadarrama.

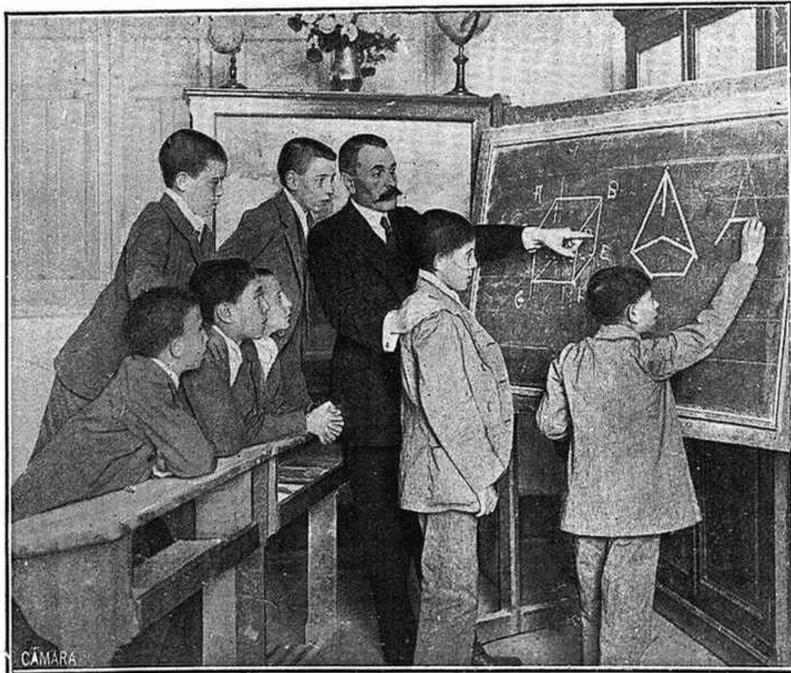
El director nos esperaba y acogió nuestra visita con efusiva amabilidad.

El Sr. Becerra, además de Director de esta Casa benéfica, es un notable periodista del cual se puede aprender mucho. Todo él es simpatía sugestiva; su rostro bermejo y sajónico no cesa jamás de sonreír.

Primero nos presentó el personal del establecimiento: El señor Capellán; sor Josefina, hermana de la Caridad; el médico, señor Alonso de Velasco; el jefe profesor de Instrucción primaria, señor Robles; el director de la Banda, maestro Gassola, y el Profesor de gimnasia, señor Molina.

—Ya me ha dicho el señor Concejal delegado que esta Casa es un modelo en su clase, así es que no tendrá usted inconveniente en que veamos todo—le dije á Becerra.

—Al contrario—contestó él, lleno de júbilo.—Sí, yo quisiera que visitaran estas escuelas todos los detractores del Municipio, para que vieran que el Ayuntamiento hace muchas cosas muy bien. Ahora, que



El maestro de Instrucción primaria, Sr. Robles, dando clase de geometría á sus discípulos

BIBLIOTECA

cuando se trata de obras superiores á sus fuerzas, no las puede hacer, ni bien ni mal.

Y, hablando, hablando, asesorados por los señores Alvarez Arránz y Becerra, seguidos por el sacerdote y los profesores, fuimos recorriendo los pabellones.

—Diga usted, Becerra. ¿Cuántos acogidos hay en la actualidad?—comencé mi interrogatorio.

—Cerca de mil, entre niños, niñas y viejos de ambos sexos.

—¿Niños es lo que más hay?...

—Sí, señor; ahora setecientos.

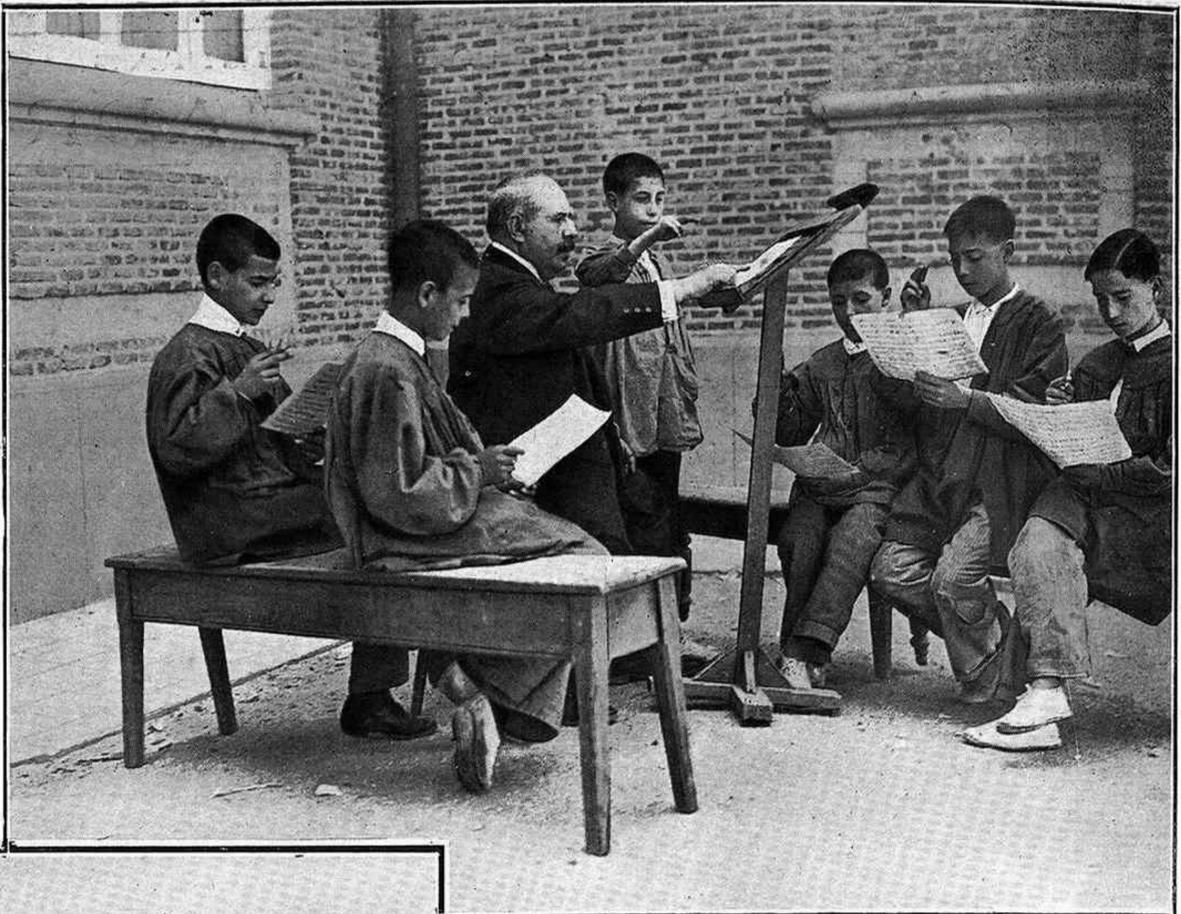
—Y, ¿á qué edad ingresan los colegiados?

—Desde los seis á los catorce años; es indispensable que reunan las condiciones de ser hijos de Madrid ó llevar, ellos ó sus padres, cinco años de residencia en la Corte.

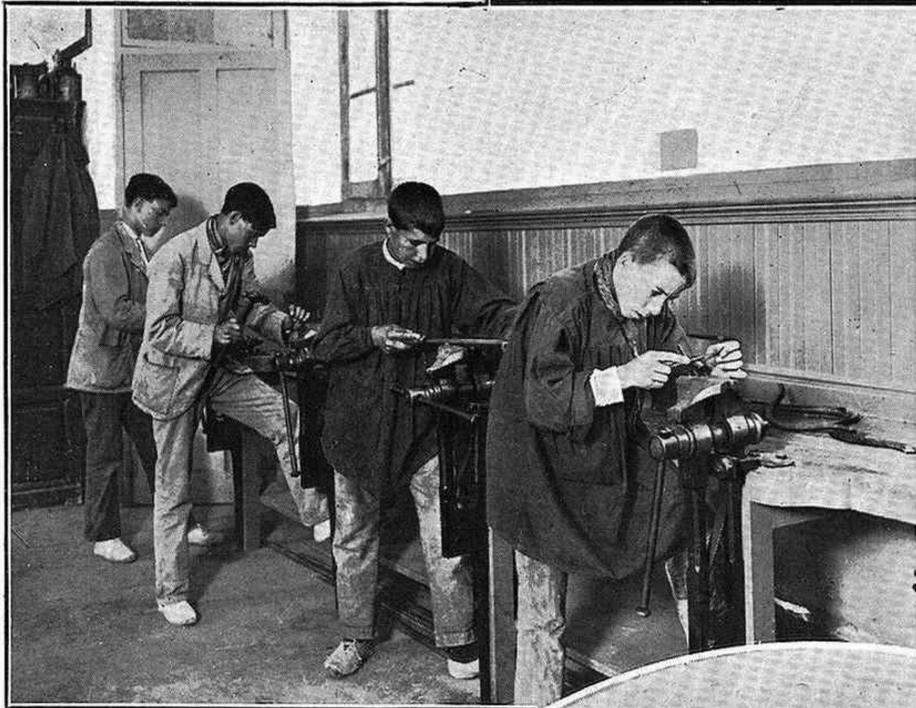
—Ahora ésto se lleva con absoluto rigor—agregó el señor Alvarez Arránz—pues es muy justo que un establecimiento que costea el municipio de Madrid sea disfrutado por sus hijos pobres.

—¿Cuánto viene á costarle esto al Ayuntamiento?...

—En cifra redonda—contestó el señor Alvarez Arránz—460.000 pesetas. Cada colegiado sale por 82 céntimos diarios, con instrucción, vestuario y demás.



El maestro Garcia dando lección de solfeo á los acogidos



Trabajando en el taller de mecánica

—¿Hasta que edad están aquí?...

—Generalmente —dijo Becerra—hasta los diez y seis años de edad, á la cual, salvo rara excepción, salen perfectamente instruidos, sabiendo mecanografía, francés, taquigrafía y varios oficios; con lo que están capacitados para ganar un jornal de tres ó cuatro pesetas... Después que consiguen la primera colocación, los retenemos dos meses más, con el fin de que dediquen estos primeros sueldos á comprarse ropas, sin pedir anticipo. De aquí han salido muchachos que hoy son hombres de gran valía y provecho, y que ocupan muy buenos cargos. En la Banda Municipal hay cuarenta y ocho que pertenecieron á esta Casa; entre ellos el segundo



Las hermanas de la Caridad encargadas del cuidado y asistencia de los acogidos en las Escuelas y talleres de la Pa'oma repartiendo la comida á las niñas FOTS. CAMPÚA

jefe, señor Yuste. Vega, el director de la Banda de Alabarderos, también salió de aquí, y Ayllón, el de la Banda de Valencia. El Alcalde tiene en su secretaría particular, un muchacho que fué muchos años colegiado del Asilo, y hoy es profesor de taquigrafía y francés. De las casas de banca y sitios de confianza, nos están solicitando constantemente personal, pues saben que los de aquí llevan inculcadas la honradez y el trabajo.

Estamos en los pabellones de enseñanza... Una doble fila de bancos con pupitres dejan libre un estrecho pasillo. En el centro se lee un sabio consejo, de lo que deben ser los niños para los pájaros: «Dios premia á los niños que protegen á los pajarillos».

Por los bancos de la clase había desperdigados seis ú ocho chicuelos que, al entrar nosotros, se pusieron de pie con respeto.

—¿Qué estudios siguen aquí los niños?...

—La primera enseñanza dividida en seis cursos ó grados; donde están comprendidas todas las asignaturas obligadas por las disposiciones oficiales vigentes, con la extensión adecuada á cada una de ellas.

—Sobre cualquier materia de primera y segunda enseñanza—terció, con noble orgullo, el profesor señor Robles—puede usted preguntar á mis discípulos.

Para complacer al profesor y salir de allí convencido, me acerqué á uno de los niños:

—Vamcs á ver, buen mozo, ¿cómo te llamas?

—Juan Gordillo, para servir á Dios y á usted—me contestó el muchacho con desenvoltura.

—Y, dínos, ¿tú sabes algo de Geografía?

—Sí, señor—repuso con seguridad.

—Muy bien; ¿podrás decirnos los ríos principales de Europa?...

El acogido, con una seguridad poco común y hasta envidiable, nos dejó admirados con su respuesta. Volví á hacerle otra pregunta, y otra... A todas ellas, aunque de distintas materias, contestó, sin titubear un momento. Después otro alumno salió al encerado: del *Quijote* le dictamos un párrafo y lo escribió taquigráficamente; uno pequeñín, que apenas tendría diez años, lo



Vista parcial del comedor del Colegio de la Paloma

leyó al pie de la letra. Quedamos maravillados, seguros de que muchos niños que estudian en privilegiados colegios, no tienen una instrucción tan completa y sólida como estos pobres acogidos, que son y serán el orgullo de Madrid.

—Además existen en el establecimiento—dijo el señor Arranz—clases especiales de Gimnasia, Dibujo, Piano, Caligrafía, Taquigrafía, Francés, Matemáticas, Física, Química y Electricidad. Como verá usted ahora, tenemos también talleres de casi todos los oficios.

Y visitamos todos los pabellones.

Los dormitorios son modelos de higiene, limpieza y salubridad. Las camas magníficas, de blanquísimas sábanas y mullidos colchones. Ni en las paredes, ni en las puertas hay manchas. Los suelos como el jaspe. Los metales brillan como el oro. Por las numerosas y amplias ventanas entran raudales de luz y aire puro, saturado de eucaliptos y pinos. Las enfermerías, salas de operaciones y farmacia están perfectamente instaladas, con un rigor higiénico admirable.

—¿Hay muchos enfermos?—pregunté al médico, señor Alonso.

—Muy pocos. Ocho, y casi todos aquejados por males leves: catarros ó indigestiones.

—¿Qué mortalidad, media, suele haber?

—El uno por mil al año. ¿No ve usted que sanotes están...? Algunos llegan en peligro de muerte y aquí desechan la ruina. Cada niño tiene su cédula fisiopatológica, donde consta todo el historial clínico, además de los antecedentes hereditarios...

De los talleres de artes y oficios, donde vimos notables trabajos, hechos por los alumnos, pasamos al comedor.

Este es espacioso, cubierto por una claraboya de cristal y con numerosos ventanales en los muros. Las mesas de hierro y piedra de mármol se enfilan á un lado y á otro. Tocó la campana que avisaba para la comida y fueron llegando en alegre tropel los muchachos. Olfá á cocido bien condimentado. Antes de empezar la comida rezaron en pie una oración.

—¿Qué acostumbran á comer?—interrogué á Becerra.

—Pregúnteselo usted á uno cualquiera de los acogidos.

Entonces me dirigí á uno joroba-

dito, que arrodillado sobre el banco para llegar hasta el plato, comenzaba á comer la sopa.

—¿Estás contento aquí?...

—Muy contento... Son muy buenos—repuso el desgraciado con cariñosa vehemencia...

—Dime... dime, ¿qué os dan de comer?...

—Por la mañana de desayuno: sopas de ajo. Ahora, á las doce: sopa, cocido, carne y tocino.

—¿En abundancia?...

—De sopa y cocido, todo lo que queremos... De carne, nos dan á cada uno 75 gramos, y 400, de pan blando... Y por la noche unas veces judías con chorizo, otras patatas con tomate, según... Muchos días tenemos extraordinario, que consiste en un plato más de carne.

—¿A qué hora os levantáis?...

—A las cinco; enseguida nos lavamos y á desayunar; después entramos en las clases y en los talleres hasta las doce. Desde que termina-

mos de comer hasta las tres de la tarde dormimos la siesta; luego, otra vez á las clases y talleres hasta las seis que empieza el recreo.

—¿Y en qué consisten vuestros recreos?...

—En jugar al foot-ball, al tennis, ó á la pelota.

—¿Os castigan mucho?...

—Nunca, nunca. Lo más que hacen es regañarnos. Son muy buenos.

—Este pobre chico—me explicó Becerra, refiriéndose al estevado—entró aquí muriéndose, le curamos y ahora ya está perfectamente.

—Me ha dicho que comen muy bien.

—Lo suficiente y tal vez un poco más—exclamó Becerra.—Ya ve usted. Aquí se ha dado el caso precioso de que un asilado estuvo manteniendo á sus padres con parte del pan y la carne que le correspondía. El se alimentaba con la sopa y el cocido y, sin que lo viéramos, creyendo que le íbamos á regañar, guardaba su pan y su carne y todos los días se lo daba á sus padres por la verja. Y sin ir más lejos, uno de los hijos del desgraciado capitán Sánchez le guardaba á su viejo padrino parte de la comida y también se la daba sin que nos enterásemos. A pesar de esta merma en su ración, el chico se puso más grueso.

Calló Becerra. Yo entonces hice una última pregunta al jorobado.

—¿Os lavais el cuerpo con frecuencia?

—Todos los jueves.

Recordé al efecto, que había visto en mi visita una magnífica instalación de baños y de pilas, con servicio de agua fría y caliente.

En uno de los ángulos del comedor, dos hermanas de la Caridad seguían el reparto de la comida. Una tenía delante una gran perola de cocido, la otra repartía la carne y el tocino. Los muchachos desfilaban ante ellas para recojer en sus platos de porcelana la gran cazada de menestra humeante y el buen pedazo de carne...

Comían todos alegremente. Todos comían lejos de sus padres y de los seres queridos. Este insensato pensamiento transió de inmensa amargura mi alma... Jamás, lector, he sentido más ganas de llorar...

—¡Madre!—clamaban los chicuelos con ternura filial.—¡Sor Josefina!...

EL CABALLERO AUDAZ



El concejal visitador, D. José Alvarez Arranz, y el director de la Escuela de la Paloma, D. Pablo Becerra, con dos de los acogidos más pequeños del Establecimiento

FOTS. CAMPUSA

ATENEO DE BIBLIOTECA ID

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



GITANA, cuadro de Juan Cardona

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
EL PINTOR JUAN CARDONA



"La maja de la rosa"



Juan Cardona en su estudio



"Gitana bailando"

VERAZMENTE justo y, por tanto, bien triste es el refrán que impone á profetas ó no profetas la tierra extranjera si quieren ser atendidos y reconocidos en relación directa de sus méritos.

Y esto que en otros países puede considerarse una excepción, es aquí, en la muy encantadora España, pan de cada día y actualidad de todas las épocas.

Llega á tal extremo nuestra indolencia, nuestra pereza de juicio, que de fuera han de llegarnos la reputación propia, y la misma entusiasta indiferencia otorgamos á todo lo que brilla—oro de alquimia, lentejuelas de *music-hall* ó chillonería de extravagancia—como si se tratara de contrastado oro de ley ó de aguilatada é indiscutible belleza.

El poeta Bartrina, tan amargado, tan envenenado de dolor, diagnosticó esta endemia nacional en un verso muy representativo:

*Y si habla mal de España
les español.*

Jacinto Benavente también ha escrito en cierta ocasión con muy despiada ironía: «Aquí todos somos unos imbéciles y nada nos importa de los demás.»

Así se explica que el éxodo de artistas no acabe nunca. Tienen que huir maltrechos de envidias y heridos por rutinarios desprecios, con ansias de aires nuevos y ambientes amplios, generosos, limpios de toda la-cerfía espiritual.

Nunca sabemos lo que tenemos dentro de casa; cualquiera diría que se nos esconde por los rincones.

No, no es eso. Es que cuando quiere salir á la luz hacemos lo posible por empujarlo hacia la sombra. Luego, al retornar envuelto en la luminosa gloria extranjera, nos deslumbramos y nos declaramos vencidos.

Y menos mal si vuelven. Es el caso de Javier Gosé, cuyas huellas siguen hoy día infinitos dibujantes, sin confesarlo y confiando

en una ignorancia ajena... que no existe. Es el caso de Juan Cardona.

Juan Cardona es catalán. Nació en Barcelona el año 1877 y apenas franqueado el umbral de los treinta y cinco, en plena juventud, posee una sólida reputación de pintor. Más que de pintor, de dibujante. Lo que en nuestro siglo vale tanto como lo otro.

Esta reputación no la ha conquistado Juan Cardona en España. Para encontrar dibujos suyos en revistas españolas habríamos de retroceder diez, quince, diez y ocho años y únicamente en periódicos catalanes hallaríamos los atisbos, los aislados aciertos, los influenciados balbuceos que por entonces prometían lo que sería el arte de Juan Cardona. Ni aún retrocediendo esos mismos años veríamos su nombre en catálogos de Exposiciones nacionales. Si acaso en las de Barcelona, en una de las cuales, el año 1907, obtuvo segunda medalla.

Pero en cambio concurre á todas las Exposiciones importantes de Francia, de Alemania, de Inglaterra y sus dibujos se asoman muchas veces á las revistas de esos países donde, quizás porque no tienen la inmensa fortuna de amar y comprender la barbarie taurina, se consuelan con el arte.

¿Cómo es el arte de Juan Cardona? Su inspiración española; su técnica francesa. Se repite en él idéntico caso que en otros muchos jóvenes catalanes de positivos talentos.

Cardona pinta una España de pandereta... de pandereta bien pintada. España alegre ó melancólica; lánguida ó bravía; danzando sobre un tablero de mesa de sevillano colnado, ó contemplando la agonía del sol desde la blancura alta de una azotea gaditana.

Mujeres y mantones filipinos y guitarras y flores. Sus dibujos, sus cuadros, son como canciones. Al ritmo de la línea, á la eurítmica armonía del color—que lo embriaga como vinos arc-



"La buenaventura"

Cuadros del notable pintor D. Juan Cardona

ATEO
BIBLI
MADR



“El piropo”

mosos de la andaluza tierra—responde un ritmo interior que no se aprende y que da en toda su pureza, sin bastardear, la psicología de estas mujercitas morenas con los cabellos negros y ensangrentados de claveles.

Casi siempre sus modelos son gitanas. Unas gitanas inconfundibles y palpitantes de realidad. Y lógicamente, tratándose de un pintor que no le

fiene miedo al natural y que interpreta las vibraciones de la luz y del color en unas bellas relaciones y valoraciones de bien orientado sentido decorativo. Juan Cardona pinta, además de gitanas y mujeres españolas, á las cocotas francesas.

Los restaurantes de noche, las mañanas del Bosque, las praderas de Longchamps, las playas aristocráticas, todos los ambientes en fin donde esa malsana

flor de la civilización que se llama *cocotte* interviene, han tentado muchas veces sus pinceles.

Y—claro es—no busquéis en él un exacto intérprete de la figura masculina. Esto no le interesa y cuando dibuja los hombres lo hace como elementos complementarios, ó para que una mujer lo atraviese el corazón, celosa, de una puñalada, ó le busque la cartera en el bolsillo de la americana.—J. FRANCES



“Palco florido”



“Balle gitano”

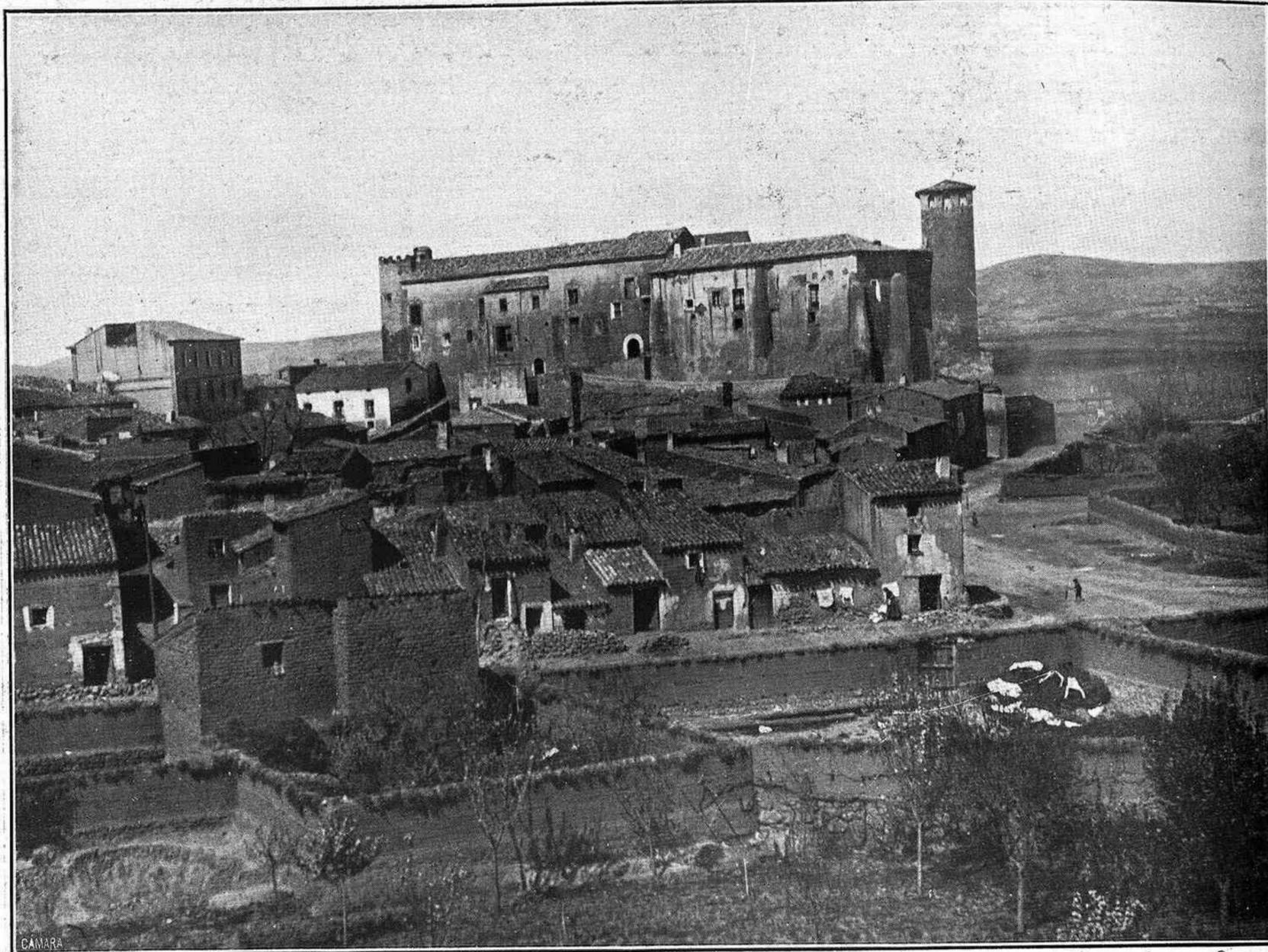
Cuadros del notable pintor Juan Cardona



ATENE
* BIBLIOTEC
M
ID

EN EL TOCADOR, cuadro enviado por Juan Cardona á la Exposición de Sevilla

EL CASTILLO Y LA CAPILLA EN QUE SE CASÓ QUEVEDO



Vista general de Cetina y su castillo

Nos internamos en tierras de Aragón. Una voz fuerte grita: ¡Cetina! Descendemos; he aquí una estación limpia, pequeña; divagan en ella gentes ataviadas típicamente.

Cetina se halla en una planicie. Es un conjunto de casas grises, dominadas por un señorial castillo; á éste nos encaminamos.

Según documentos hallados en el Archivo de la Corona de Aragón, D. Pedro III mandó construir el Castillo, que se asienta en lo alto de una pendiente. Tiene una fachada extensa y en ella varias ventanas con el escudo señorial.

La entrada es amplia; subimos y en el piso primero podemos admirar unas magníficas puertas talladas.

Estas puertas dan pa o á la Capilla del Castillo, de un valor artístico grande. Hay en ella un artesonado gótico mudejarizado del siglo xv, que guarda estrecha relación con alguno de los que adornan el palacio de los Duques del Infantado en Guadalajara.

Los elementos decorativos están combinados de análoga manera que en las yeserías del Castillo de Escalona y en el hoy archivo de Alcalá, antes pala-

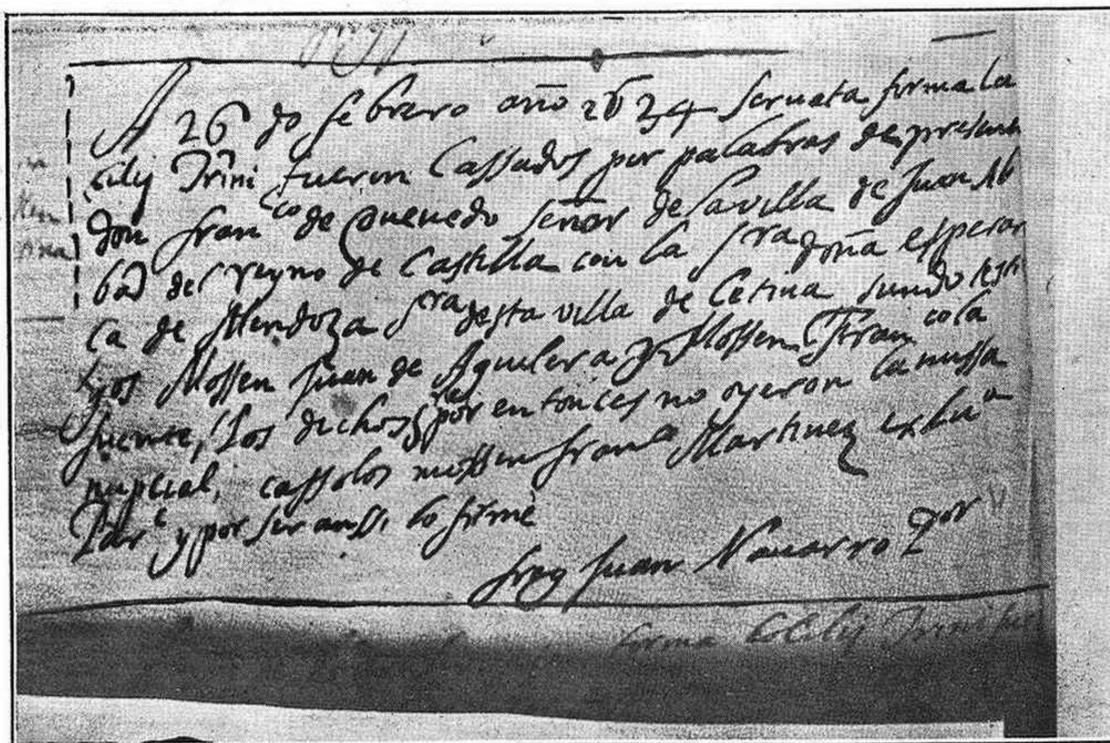
cio de los Arzobispos de Toledo. En el altar se ve un tríptico cuyas tablas son netamente aragonesas.

Además del valor artístico que tiene esta Capilla, es de interés histórico, porque evoca un momento capital de la vida del ingenioso autor del *Gran Tacaño*; en ella casó el 26 de Febrero de 1634, con D.^a Esperanza de Mendoza, señora

de Cetina, D. Francisco de Quevedo y Villegas. Este dato, á pesar de la importancia que tiene para el estudio biográfico del gran satírico, era ignorado hasta ahora. Nosotros hemos podido averiguarlo y presentamos la prueba de ello en la fotografía que de la partida de casamiento hemos obtenido.

A este propósito recordaremos que el matrimonio de Quevedo fué consecuencia de una conjura de las damas de Palacio. Ofendidas éstas á vengarse del solterón impenitente que en su comedia *Quien más miente medra más*, habiase burlado tan implacablemente de la indisoluble coyunda, pusieron en juego altos empeños que diesen el resultado apetecido. El Duque de Medinaceli buscó á Quevedo novia bella y rica, en la persona de la Sra. D.^a Esperanza de Mendoza, unida en parentesco á la mejor nobleza española.

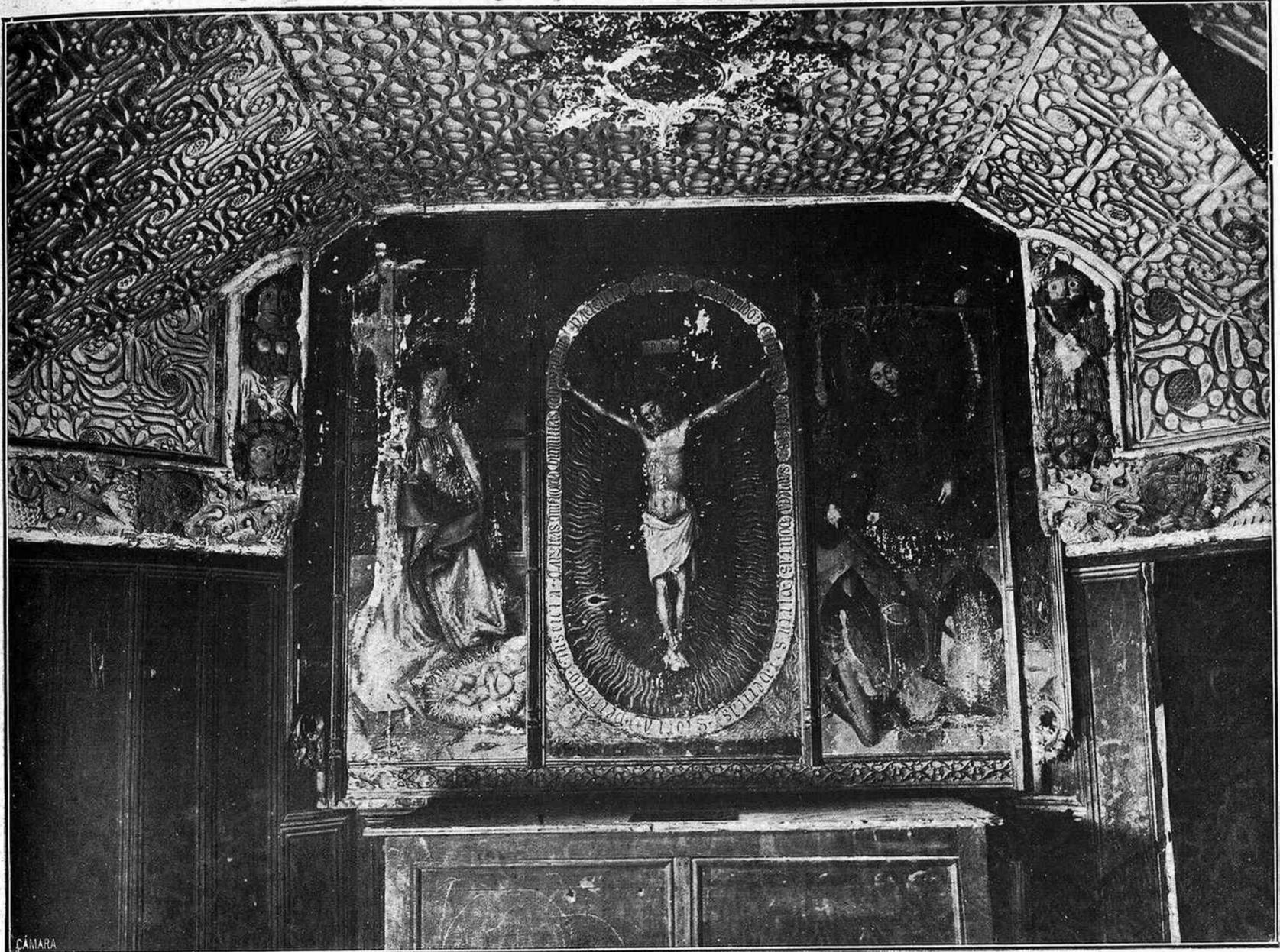
Así se juntan, en aquel olvidado rincón aragonés, las manifestaciones características de nuestro arte típico con los recuerdos familiares de un escritor que será siempre gloria de nuestra literatura.



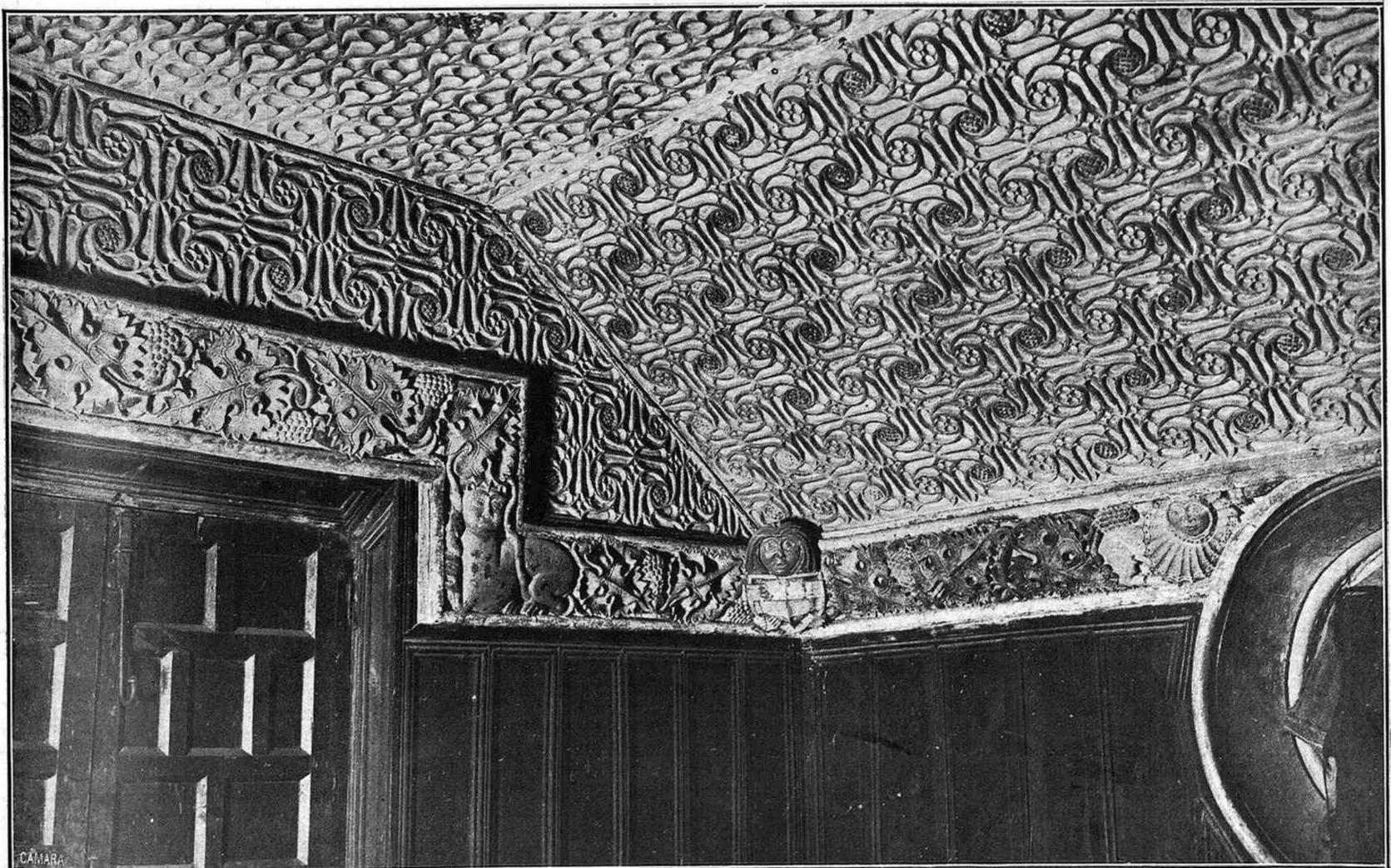
La partida de casamiento de Quevedo

A. CARNICER

BELLEZAS ARQUEOLÓGICAS DE ESPAÑA



CÁMARA



CÁMARA

ALTAR Y TRÍPTICO Y UN ÁNGULO DE LA CAPILLA DEL PALACIO DE CETINA, DONDE SE CASÓ EL INMORTAL ESCRITOR D. FRANCISCO DE QUEVEDO

BIBLIOTECA
MADRID

CUENTOS ESPAÑOLES

... PORQUE NO SEPAS
QUE SÈ QUE SABES
FLAQUEZAS MÍAS

SALIENDO de la Villa, fuera ya de la Puerta de Guadalajara, y casi á la entrada de la Vega, hay un montón de piedras y adobes que hacia la mitad del reinado del tercer Austria, fué edificio y no malo, famoso entre arrieros y caminantes que hacían jornada para la Corte.

Ogaño estas ruinas (que desparrámanse un buen trecho más que el que la mansión tuvo), guardan bajo dellas una trágica historia que al cabo del tiempo ha venido á florecer en leyenda.

Pues que parece que el ánimo tienes bien dispuesto para patrañas, permítame que te la refiera, lector amigo ó enemigo, según te me depare la suerte.

II

Francisquillo el *Mellado* anduvo en la flor de su vida con la pelleja constantemente en riesgo.

De las más famosas campañas que aquel austero monarca siguió, para mantener la fe, fué testigo.

El limpio sol de Italia allá en los floridos campos de Milán, fué gran curandero de dos boquetes, como dos escudos, que abrieron en los muslos los plomos de un arcabuz; las plácidas campiñas de Flandes, allá en Brujas, diéronle mucha nostalgia de su tierra montañesa otra vez que tuteóse con la muerte por obra y desgracia de unas malignas calenturas que hacían más estragos en la milicia española que las balas y los aceros.

En el saco de Amberes portóse nuestro hombre con tanta entereza y bravura, que el mismo duque gobernador dió: por su mano el empleo de sargento y aun diz que al Rey pasó noticia de que lo había hecho tal, que notoria injusticia fuere el no recompensarle.

Como en la jornada vino á sacar un brazo quebrado, el cual no había humana forma de que hubiese compostura, dióle Su Excelencia, de por sí, la gabelilla del juego de *boliche*, que él llevaba con tanta rectitud y mesura, que más pudiera pensarse, viendo como lo hacía, que antes administraba una santa hermandad que el vicio de un regimiento.

Así anduvo por espacio de más de un lustro, hasta que pasó el soberano á visitar sus calamitosos estados de Flandes.

Al tornar de ellos, el regimiento á que el *Mellado* perteneciera llegó hasta Fuenterrabía dando escolta á Su Majestad; desde este punto, era cosa determinada de antemano, que había de retroceder á proseguir la campaña.

Pero así como Francisquillo vió tierra española, no tuvo ánimo para tornarse con los suyos, y al mismo Rey pidió licencia para quedarse, y alegaba para ello los servicios prestados y la inutilidad en que por el buen cumplimiento dellos se vía.

Atendióle muy bondadosamente el Soberano

y viendo que eran hartas las razones que alegara, desde luego licencióle y aun dió la bendición como á buen hijo que deja la casa paterna para buscarse la vida de por sí.

Cierto que sintieranlo los camaradas, porque el *Mellado* era un buen hombre que sabía entenderles y nunca en su presencia hubo lugar para disgustos, y no por esto se piense que fuese gallina que dejárase cacarear de cualquier gallico de barato.



III

Como traía muy pingües ahorrillos, productos de su honrada tahurería, así como dió en la Corte pensó en recogerse á la vida tranquila y sosegada, y para ello no halló mejor manera que la de tomar en arrendamiento un mesón á la entrada de la Villa. Y en poco tiempo, habiendo estado antes muy en descrédito, por la mala administración del maeso que le regentara, llegó á ser el más famoso y conocido de todas las puertas de Madrid.

Cuéntase como detalle de hostelera conciencia, muy digna de asentarse en crónicas é historias, y aun cantarse en romances, que allí no misticábanse los gatos en liebres ni el vinillo de Yepes y de Ruéda en agua del *Manzanares*, ni el libro de las cuarenta hojas veíase tan diestramente con los ojos como con los dedos por expertos profesores graduados en la famosa universidad del señor Monipodio.

A cada cuál cobrábasele no más de lo justo que hiciera de gasto y perdonábasele el impuesto sobre el ruido, que aún sigue siendo mala costumbre en muchas posadas, ventas, paradores y mesones de Castilla.

IV

Eran más de las nueve de una fría y lluviosa noche del mes de los muertos.

Poco había que en el reloj del Alcázar sonaran simétricamente los nueve graves acordes que mandan á los pacíficos madrileños recogerse en la paz de las sábanas, y á ello disponíanse el *Mellado* y un muchachuelo como de hasta doce años que por asesor tenía de la industria, cuando recios aldabonazos percutieron en el postigo.

—Vé, mozo y mira quien es—dijo el maeso.

Hízolo el mozo así como le mandaban y tornó presto con una mozueta de su misma edad, año más, año menos.

Era morena de color y parecía blanca de pensamientos. A trozos iba vestida y á trozos desnuda, que más girones traía en las ropas que la casa de Osuna en su escudo.

—Niña,—díjola el huésped—mala hora es esta y peor noche para andar de camino. ¿Quién sois y qué quereis?

—Señor—respondió la muchacha, previniendo pucheros en qué recojer un azumbre de lágrimas,—no quiero más de que seais servido de ampararme de la más negra firanía de que hais tenido noticia. Oid.

—Pues que vá de historia—atajó el *Mellado*—acercaos á esta lumbre que ella os confortará del frío y os aguzará la memoria, si por acaso tuviérais isla algo roma.

Acercóse la moza al hogar en el cual agonizaban dos corpulentos brazos de encina, y así que desapareció el mancabo á quien el *Mellado* mandó retirarse

por si lo que tenía que decir la niña era algún grave secreto, ésta comenzó su relato.

—Yo, señor mío, viví hasta habrá cosa de veintidós días en la más tranquila paz y muy lejos deste sitio. Mi padre era guarda de aquel monte que desde aquí se ve. Apenas si yo salía de aquel recinto para entrar en la Corte, que cuando más todo mi paseo no llegaba hasta la puerta de Balnadi. Sólo este Corpus trájome mi padre á ver la procesión. Pues sabrá que hace cosa de un mes paseando yo por aquellas frondosidades topéme de manos á boca con cierta noble persona, quien gustó de mí por todo extremo. Preguntóme quién era, yo se lo dije y luego sin reparar para nada que aún era yo muy muchacha, díjome mil cosas que eran requiebros de amor y hablóme yo no sé qué de ser á muy poca costa tanto como la reina de España. Huíle toda desfavorida y amedrentada y según corría, llegóme su voz diciéndome que, mirase que huyendo, más me acercaba á él... ¡Ay señor, que no volví ya más á ver á mi padre! Celebróse de allí á poco una cacería y una bala, que no se sabe de qué arcabuz saliera, me lo mató... ¡Padre de mi alma! Quedéme sola en el mundo, mas aquel hombre iba cada tarde á recordarme la orfandad en qué quedaba... Cansóse al

fin un día de no escuchar más de recriminaciones sin respeto alguno de su alta gerarquía y advirtiéndome de que allí quedaba presa, que éste era el mejor medio para avivar la cordura del pensamiento.

—¿Y cómo escapásteis, desdichada?—preguntó el *Mellado*.

—Consintiendo al traidor carcelero en ser posible para él los empeños del señor—respondió la malventurada.—Díjeme que habriésemos la puerta y me esperase en tal sitio. Fué necio y confiado y tragóse el anzuelo, con lo que logré esca-

—Este es para servirles—respondió el tal, preguntando á su vez—pero, ¿qué buscan á esta hora en mi casa?

—Siga adelante que no tardará en saberlo—dijéronle.

Y todos entraron hasta la pieza en que poco antes contara la mozueta su triste aventura.

—Responded con toda verdad como si confesárais en la hora suprema de la muerte—mandó el embozado.—¿Hase escondido aquí alguna mujer?

—No, respondió Francisquillo.

—A fe—replicó sarcásticamente el encubierto

ta y en llegando á ella, añadió: —Si salgo con vida de aquí, mañana sabrá la Villa quien es el que me burló.

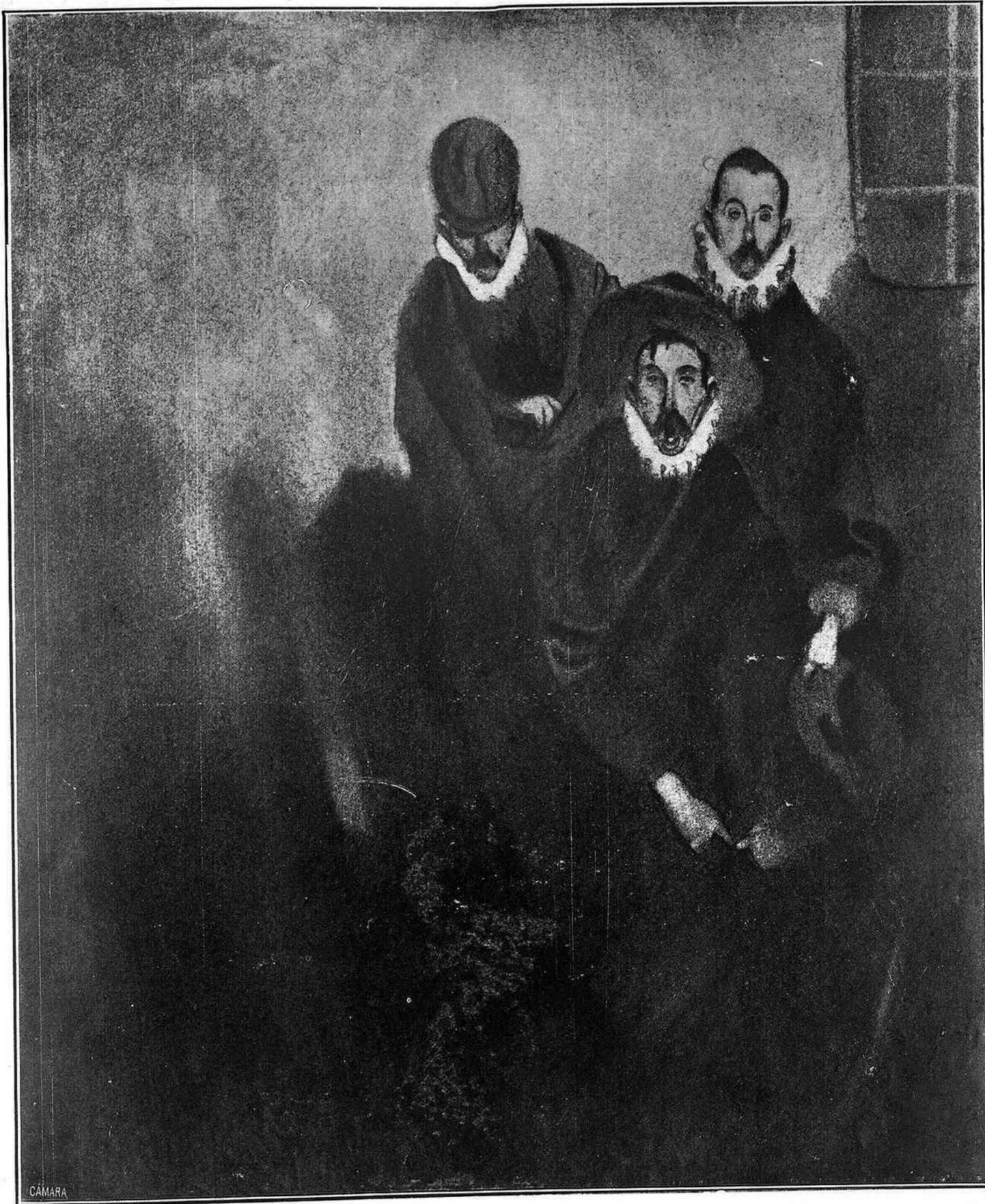
Y dando un salto prodigioso, lanzóse al espacio. Un supremo alarido de dolor sobrepúsose á los bufidos del levantisco Guadarrama.

El de la capa mandó:

—Gracián, sube á esa loca.

Salió el hombre y tornó de allí á poco diciendo:

—Señor, deshízose el cráneo contra los guijeros del camino.



CÁMARA

par y aquí me tiene vuesamerced pidiéndole que se apiade de mí y me ampare.

—Mal enemigo tenéis—exclamó el huésped—pero así y todo...

No finó la frase el *Mellado*, que dos recios alabonazos hicieron retumbar toda la casa.

El mismo acudió á ver quien fuera y encontróse de manos á boca con un encubierto y dos soldados.

V

—¿Es éste—preguntó el de la capa hasta las cejas—el mesón de *El Mellado*?

preguntón—que os condenárais como Luzbel si ésta fué vuestra confesión posirera. Y luego, tornándose hacia los que le acompañaban: —Diego Pérez, sacad la verdad del pozo deste hombre.

Destacóse el llamado con unas tabletas y un rollo de cordeles; de un salto gatuno arrojóse sobre el inválido huésped y en un decir Jesús tuvole puestas las tabletas encordeladas sobre los pulgares de las manos.

—Soltad á un inocente, que aquí estoy—dijo la moza apareciendo en el aposento,—pero nadie ose poner la mano sobre mí. Mientras que esto decía, iba retrocediendo hacia una ventana abier-

Sin hacer comentario alguno replicó el incógnito señalando al *Mellado*:

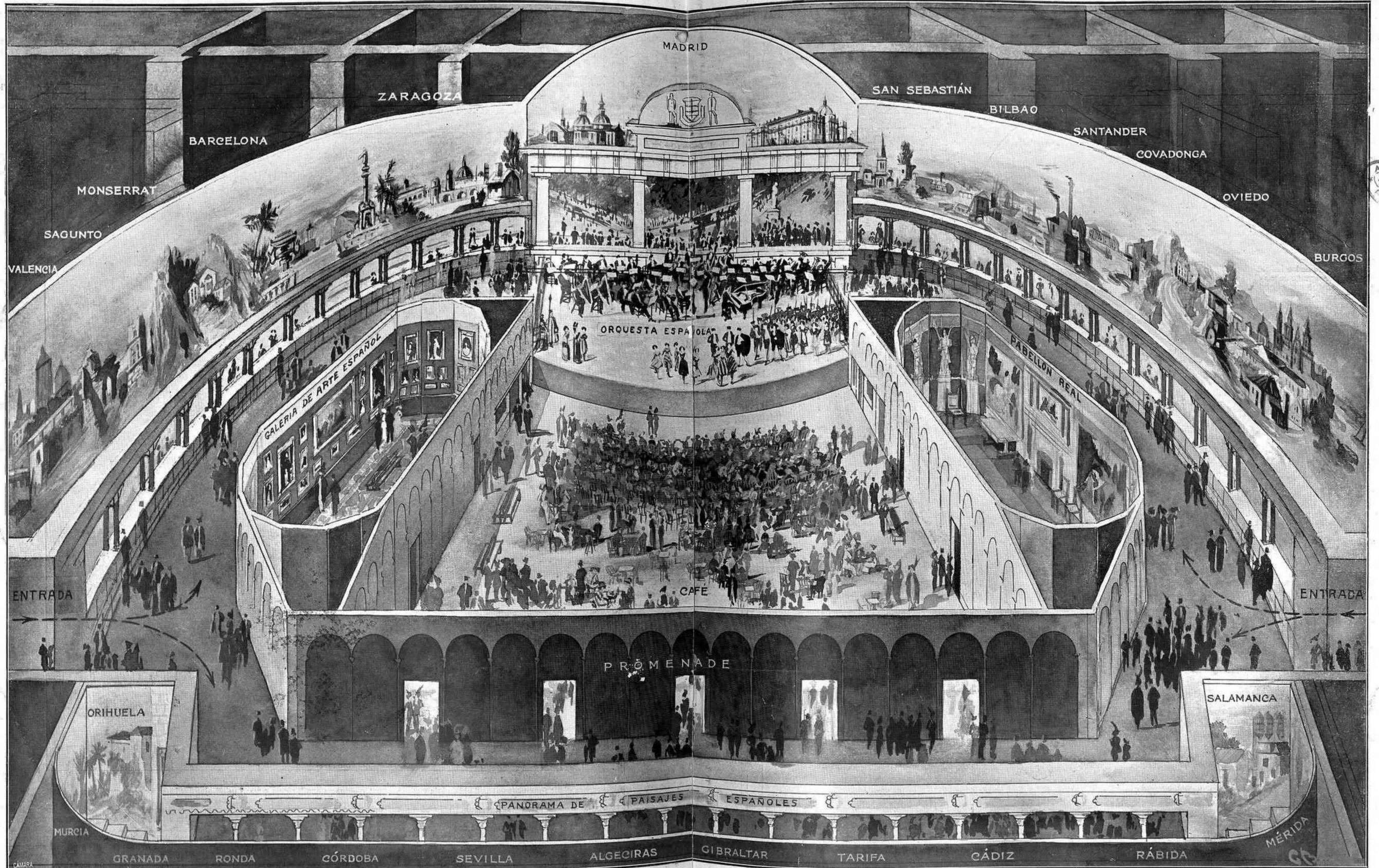
—A este hombre llevaréis esta noche al castillo de Torrejón de Velasco; preparésele el alma y antes de que brille el día muera secretamente en la misma ceida que esotra noche murió don Martín de Acuña; mañana no quede piedra sobre piedra deste mesón, y échese un bando ofreciendo mil escudos á quien encuentre á los criminales. En cuanto á vosotros ya sabéis lo que vale el ser aguzados de memoria...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJOS DE VALLEJO



LA EXPOSICIÓN ESPAÑOLA DE TURISMO EN LONDRES



La Exposición española de turismo en *Earl's Court*, de Londres, es la primera de su clase que allí se celebra. Lo completo de las instalaciones, así como la belleza y originalidad de su realización, han hecho de este certamen la nota saliente de la actual *season* londinense. En la llamada «Sala de la Emperatriz» extiéndese un vasto panorama de la vida española, con las típicas costumbres regionales, y en torno del recinto séguense, en bien buscados contrastes, pintorescos paisajes, diestramente ejecutados por el ilustre escenógrafo D. Amalio Fernández. Estos pueden contemplarse desde un paseo semicircular en el que una serie de reflectores proyectan sobre los lienzos la luz adecuada. En el fondo de la sala hay una gran plataforma destinada a las orquestas y danzarines españoles, y a ambos lados de la sala central aparecen el *Pabellón Real* y una pequeña *Galería de Pintura* con algunas obras de modernos maestros.

En el fondo de la sala hay una gran plataforma destinada a las orquestas y danzarines españoles, y a ambos lados de la sala central aparecen el *Pabellón Real* y una pequeña *Galería de Pintura* con algunas obras de modernos maestros.

LA MODA FEMENINA

He aquí un lindo cuadro! El objetivo de nuestro fotógrafo ha sorprendido un momento muy interesante y de un atractivo simpático.

La playa al fondo bañada en sol; sobre las aguas azules, como sobre un gran espejo, el reflejar de la luz briosa y sobre el oro de la menuda arena, amarilla y brillante, el candor infantil diciendo los eternos poemas de sus risas.

¡Precioso! Hay un bello contraste, seguramente no buscado, que ha hecho nacer la obra artística.

¡Las niñas y el mar! La delicadeza y la alegría frente a la fuerza y el dolor. En el fondo de una pupila infantil se ve siempre la gloria. Brilla en ella la luz con fulgores de cielo y la incógnita alegría de sus años inunda las dulces caritas con tiernas expresiones angelicales!

En el fondo del mar habita el misterio. Entre el verdor obscuro de sus algas vive aherrojado el mal y presas las furias. Las rocas que rompen la cristalina superficie con sus ingentes promontorios pardos, cadáveres de titanes parecen, que reposaran allí de las fatigas del vencimiento.

El rumor perenne de las olas, es como un eterno gemido de los que en el abismo de las profundidades están condenados al infierno de las aguas, y el silbar de la brisa que se enreda en las jarcias de las embarcaciones y se rompe en las piedras puntiagudas, como un bisbiseo devoto que dijera preces a Dios, entre el ardor de la fe y el rodar de las lágrimas.

Las niñas preciosas, alegres y bullidoras, son cercas cerradas con llave de oro que guardan las

mariposas de la ilusión. Frente a su inocencia y a sus candores aplacan su coraje las aguas airadas, y ante la promesa de la mujer futura, bella, arrogante y gentil, el poder del monstruo indomable se rinde, y sumiso, tiende en las compactas arenas, blancas alfombras de espuma para regajo de los diminutos pies.

Ved por qué me parece una idea feliz la de nuestro fotógrafo.

En los otros rincones de las playas quizás hubiera conseguido grupos de sociedad donde jugaran todas las pasiones y donde se apreciara la ostentación de la riqueza en el fausto de los trajes que impusiese la dictadura de la Moda. Tal vez en una actitud, en el brillar de unos ojos, adivinásemos al amor, que gus a ce la juventud y se manifiesta audaz y despierto en el ambiente de los parajes, a toda naturaleza; pero también nuestras pequeñas amiguitas tienen la ingenua coquetería de sus modas y la tiranía de sus amores. ¿Es poco interesante, la pasión de los juegos, las golosinas y las muñecas?

Hoy ha sido mi crónica para las infantiles lectoras. Para las grandes mujercitas que tienen el alma blanca y el reir sugestionador.

Lo que a ellas no se refiere aplicado, amables compañeras, a la nueva forma de sombrero, mitad de pisa-verde del pasado siglo, mitad de lujoso auriga del presente. Y digo que lo apliquéis porque convendréis conmigo en que hablar del nuevo sombrerito es hablar de la mar.

ROSALINDA



Sombrero de paja lanzado por la artista Mme. Poiret



Varios modelos de trajes de playa para niñas

FOTS. HUGEMANN

LA ESFERA

DE LA VIDA INGLESA



LOS PLACERES DE LA ARISTOCRÁTICA "SEASON" EN LONDRES

Concurrentes al baile de trajes celebrado hace pocos días en "Albert Hall", saliendo de la brillante fiesta. Sobre los pintorescos grupos el sol naciente proyecta sus extrañas luces, envolviéndolos en su tibia caricia matinal

REMEMORANDO EL SIGLO XVII

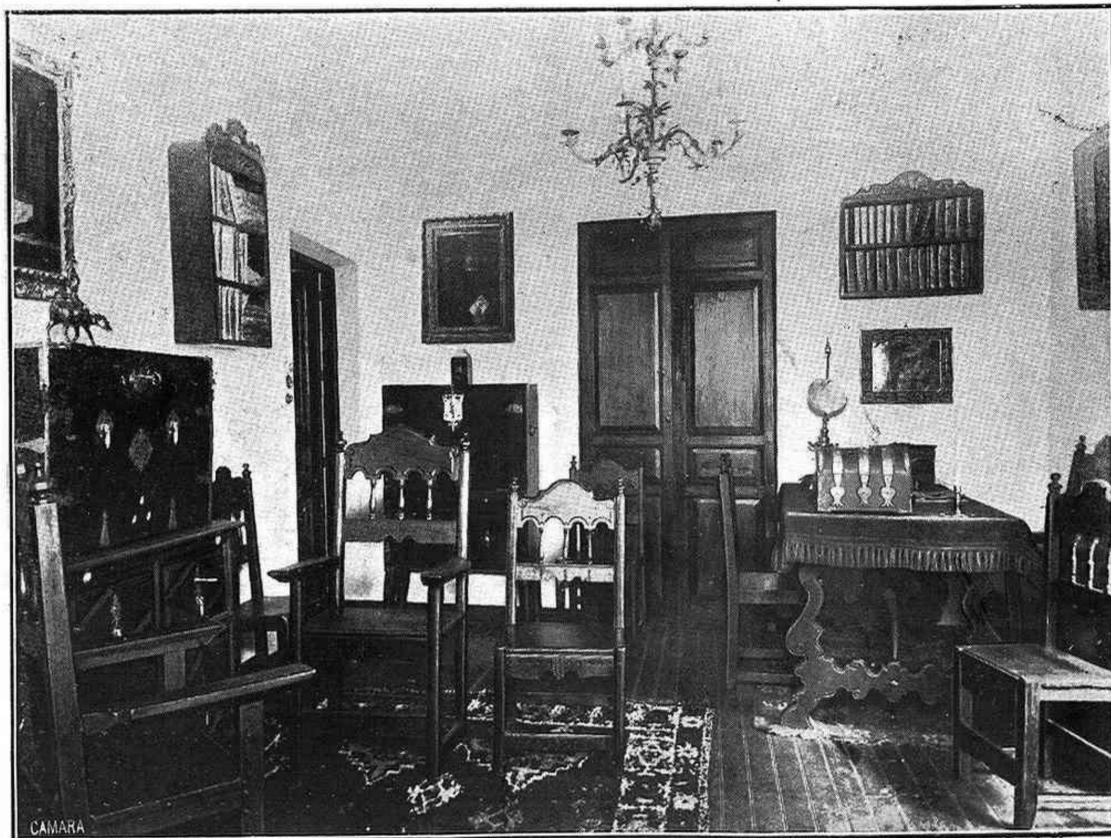
LA CASA DE UN HIDALGO ESPAÑOL



Salón de la casa del marqués de Dos Fuentes

ESTAMOS en la casa de un hidalgo, no en la morada de un magnate; se ha tratado en ella de rememorar una época, de haceros vivir en el siglo xvii. Un caballero, el Marqués de Dos Fuentes, nos aguarda para platicar.

Entramos en un recibidor á cuyo fondo brilla un espejo de bello marco rizado, exacta imitación de aquel que Velázquez immortalizó en el cuadro de *Las Meninas*; es ante él donde podemos retocar nuestra indumentaria. A la izquierda, otro espejo pequeño, coquetón, para las damas. Su colocación es admirable, parece esperar el halago de una mirada femenina. En un clavo el clásico candil; en otro la llave de la puerta; el tapiz oriental, puro siglo xvii, luce en un testero. Un cuadro místico, el arrepentimiento de San Pedro... y la luz de un



Despacho del marqués de Dos Fuentes

farol tenue, que lo envuelve todo en un aroma de misterio.

Una puerta deja ver el comedor; en él resplandece la primavera; las rosas, sobre flores antiguos, cubriendo los viejos platos de Talavera, traen á la vida nueva; el Marqués ha querido ofrecerese ese contraste.

Forman el ajuar de esta habitación, un armario grande; el mueble de aparato (de ahí su nombre «aparador») en el que admiramos hermosos ejemplares de jarrones, fuentes y platos de la antigua Talavera; en algunos se ven las armas del Cardenal Infante.

Recubre la estancia fino tapiz alpujarreño, y la rodean doce sillas iguales del más delicado estilo.

Dos sillones Felipe II flanquean la mesa; cuatro cuadros de la Escuela Valenciana representando manjares,



Comedor de la casa del marqués de Dos Fuentes

y algunos otros exquisitamente seleccionados. En un pasillo, dos tablas holandesas, bellísimas de línea y colorido, un cuadro encerrado en precioso marco del siglo xvi. En uno de los testeros la clásica cabeza de ciervo, adorno tradicional del hogar noble antiguo, y á uno y otro lado dos faroles.

Colgadas, una lanza y una recia pica en las que se lee la fecha de 1650.

Y pasamos al despacho, de señorial severidad. Sobre la mesa hay una carpeta de pergamino que encierra papel del siglo xvi, traído expresamente por el Marqués, del Archivo de Simancas; arquetas, bronce, una palmatoria, el antiguo tintero y unas antiparras de concha, que evocan la sombra de D. Francisco de Quevedo.

La mesa y las sillas son idénticas, conservando así una admirable armonía. En el estante se ven códices antiguos, ordenamientos, libros de fueros y de caballería, el Fuero Real, el Fuero Juzgo y un ejemplar del poema del Cid.

La lámpara es acaso la pieza más interesante de la casa: es de fines del xvi á principios del xvii y está primorosamente trabajada. En el suelo, un tapiz persa, muy en boga por entonces. También es curioso un escritorio salmantino, admirablemente conservado. Aquí hay cuadros de verdadero mérito: un San Francisco con marco de talla, de gran valor, un San Bartolomé, una tabla del siglo xvi que representa la investidura de la casulla de San Ildefonso y una preciosa pintura en que

aparece un abuelo cuidando á su nieto; es obra que notables críticos se inclinan á atribuir á Murillo.

Como rareza merece consignarse uno de aquellos extraños cuadros en que el artista representaba armas, y en éste se ve tras de una pistola un escrito que no debía ser sino el recibo del propio pintor; claramente se lee: «Recibí del Señor Don...» Lo cual indica que el poseedor al tener señorío y don, sería persona de relieve.

En lo que antiguamente se llamaba librería archivo, hay una mesa central con velón y tríl, una gran arca, armarios de libros, y en uno de los testeros una estudiada reproducción de vieja panoplia; las espadas, puñales, mazas y pistola, son hermosos ejemplares de la época.

En una mesita vemos algunas tallas, candelabros y ceniceros de bronce. Un crucifijo de marfil recibe la luz de la clásica lamparilla colgada.

De aquí pasamos á la sala, estancia reservada á las personas de calidad, donde la luz se filtra por rendijas de las viejas maderas y al reflejarse en las «escarlatas» ó colgaduras, le da un aspecto misterioso.

La lámpara es de latón y vidrio raspado, gran moda de entonces. En el «escaparate» ó vitrina se guardan abanicos, tabaqueras, miniaturas, sortijas del siglo...

Cornucopias, «contadores» ó bargueños, sillas de marquetería con almohadones de damasco y algunos objetos más, adornan la habitación, y en el centro,

en el sitio que se llamaba «estrado» y donde estaba colocada una gran tarima, no falta la clásica «copa» ó brasero, y á su alrededor, las que se llamaban «sillas rasas».

La reconstitución de esta casa es empresa harto difícil, ya que la inmensa mayoría de los objetos que la componen son antiguos; pero aquellos que han sido fabricados hoy tienen tal semejanza con los anteriores, que los más inteligentes titubean sobre su época.

El Marqués de Dos Fuentes tuvo un sueño de tradiciones gloriosas, de un arte olvidado, de costumbres austeras de un pueblo fuerte, y luchando con cuantas dificultades se le presentaron, le ha dado forma afortunada.



El marqués de Dos Fuentes

MIGUEL DE LA CUESTA

TENEÓ
BIBLIOTECA



CÁMARA

Tipos populares de los alrededores de León

Pocas provincias de España ofrecen los contrastes que la provincia de León por la diversidad de su fauna y flora; por sus costumbres, usos, poblaciones pintorescas y poéticos paisajes; por la variedad y riqueza de matices de sus tonadas y bailes populares; por sus trajes (montañés, campesino, riberiego, berciano, maragato); grandiosos monumentos, recuerdos históricos y bellezas naturales de toda especie.

El grupo de *cazurras* leonesas con sus típicos trajes que ve el lector en el artístico grabado que figura en esta página, está compuesto por aldeanas de las bellas cercanías de León las cuales concurren los sábados al mercado y a las ferias de San Juan y de los Santos, llevando, en borriquillos trotadores, pollos, gallinas y huevos, que es lo que constituye su industria.

Las más jóvenes despertaban al amanecer a los leoneses, todavía hace pocos años, con los gritos de ¡ma... leché!, pues eran las que surtían de leche la población y las que el día de San Pedro alegraban, al son de grandes panderetas y castañuelas, la plaza de San Marcelo, con sus característicos cantos y bailes de *rosca* y de *rue-*

da alrededor de la fuente. En este día llevan al mercado hilo para calcetas é hilaza para tejer, que durante el invierno hilan en los *filanderos*.

Los trajes que se usan en la región leonesa son de tal variedad, que en el calzado solamente se ven desde los suecos, almadreñas ó galochas, ya herradas, ya de *tarucos*, algunas con dibujos, hechos á navaja, flores, ramos y otros adornos, hasta zapatos descotados de orejas anchas y abarcas sencillísimas. Se usan monteras murcianas, asturianas, valencianas, gallegas, andaluzas, chambergos de fieltro de anchas y recogidas alas, y en verano de paja, tejidos con paja de trigo por los mismos aldeanos. Los trajes maragato y montañés son los más pintorescos de la provincia de León y sobrado conocidos.

Las mujeres de los alrededores de León visten el *rodao* ó falda ancha de paño pardo burdo; jubón y corpiño, que cubren con un pañolón de colores chillones, á los que son muy aficionadas, cuajado de rosetas y variadas cenefas, ó con el llamado *rebociño*, especie de mantilla de gala; delantal con bordados y festones en colores, de motivos populares sencillísimos y capricho-

sos; grandes collares de sargas de coral encarnadas y azules adornan sus robustos cuellos; de sus orejas penden *arracadas* ó pendientes de aros adornados con piedras de colores, que algunas mozas sujetan con cintas á la oreja, por lo mucho que pesan. El peinado es sencillo: recogido, forma un lazo trenzado semejante á un *moño* que cubren con un pañuelo de seda ó de percal de colorines, atado por medio de un nudo hecho con dos puntas, mientras que los otros dos cuelgan sobre el cuello con gracia y donaire. Los chicos de la población se entretienen tirándolas de las puntas del pañuelo, dejándolas al aire el, por lo general, raquíptico *moño*.

Calzan zapatos bajos con lazos, distinguiéndose las mozas solteras de las casadas por el color de las medias. Las solteras las llevan blancas bordadas y las casadas moradas en unos pueblos y azules en otros, llamando la atención sus dentaduras blanquísimas, la nobleza y distinción de su porte y el timbre claro y dulce de su voz.

R. V.

FOT. PRUDENCIO MUÑOZ

ATENEÓ DE
BIBLIOTECA
MADRID



ESPAÑOLADA

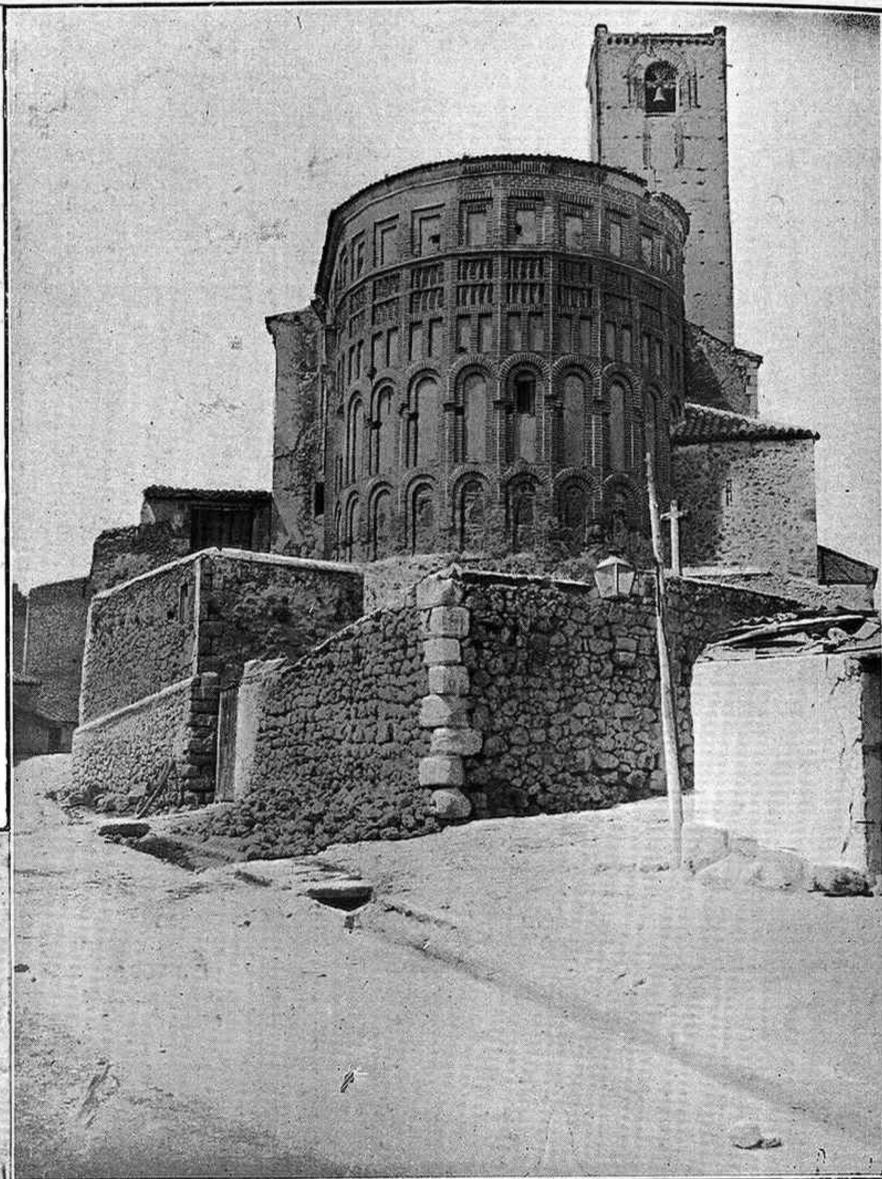
Dib·ijo del notable caricaturista Francisco Sancha

**POR TIERRAS
SEGOVIANAS**
CUÉLLAR

A COSTADA perezosamente sobre una colina que domina fortísimo y abandonado castillo, está la antigua *Colenda* romana, el venerable *Colar* de la reconquista, la célebre Cuéllar de los tiempos medioevales y la hospitalaria é hidalga población actual que, como agobiada por el peso de los años, pero orgullosa de su pasada grandeza, vive, en lo moral, de evocaciones y recuerdos gloriosos.

Su comunidad, ya rica y fuerte en los comienzos del oncenno siglo, llevó sus escuadras á guerrear con la morisma, bajo el mando de los esforzados capitanes collarinos, motivando con ello que el *Sabio* rey concediese á Cuéllar, en 1256, el fuero de Reulen. Esto y la riqueza de su suelo fueron causa de que los nobles de todas las épocas ambicionasen su posesión; y señores de Cuéllar fueron personajes tan ilustres como el Conde de Ansúrez, Doña Urraca Díaz, de quien la heredó el Infante Don Sancho, hijo de Alfonso X; Don Fernando y en su menor edad la reina Doña María de Molina que, hallándose en esta Villa, celebró Cortes en 1297; Doña Juana Manuel, esposa del Conde de Trastámara; las dos mujeres de Don Juan I, y su suegra Doña Leonor de Portugal; el brioso Don Fernando, *el de Antequera* y su segundón el Infante Don Juan; el Conde de Luna, Don Fadrique; el condestable Don Alvaro; y Don Juan II, que se la donó á su hija Doña Isabel, á quien su hermano el cuarto, Enrique, despojó de Cuéllar para agasajar á su favorito Don Beltrán, primer Duque de Alburquerque, en 1464.

De toda esa riqueza, sin embargo, apenas queda hoy otra cosa que el recuerdo, las venerandas ruínas del majestuoso alcázar y de las fortísimas murallas cuyas puertas, algunas tan notables como la de San Basilio, ostentan el escudo de la Villa; y los redondos ábsides de sus iglesias, de las cuales citaremos la de San Pedro que guardó por breve tiempo las cenizas del ilustre collarino y cronista don Antonio de Herrera, y la de San Esteban, abierta al culto, como



Parte posterior de la iglesia de San Esteban, de Cuéllar

todas las demás, gracias al entusiasmo y celo de su actual rector Don Aniano Bravo, ilustradísimo Presbítero.

En el interior de este templo,—que lo fué de la aristocracia collarina,—existen cuatro bellos sepulcros ojivales, encajados en sendas hornacinas de arabescas tracerías y afiligranada labor, orlado todo el conjunto y los lobulados colgantes de sus arcos por una inscripción gótica contenedora de latinas preces. Las urnas de estos enterramientos, asentadas sobre leones, bien trabajadas y adornadas con los escudos de los caballeros que en ellas reposan, y cuyas estatuas yacentes, de alabastro, son magistrales, parecen obra del xvi, á juzgar por el plegado de los paños, el conjunto de las figuras y otros pormenores: y así parece confirmarlo la leyenda que existe en los otros dos sepulcros del lado de la epístola, semejantes á los descritos, y según la cual, Don Martín López de Córdoba Hinestrosa, *hijo y tercer nieto de los que están en los arcos fronteros*, mandó hacer esta obra—(será las sepulturas, porque las hornacinas parecen más bien del siglo xiv),—en 1508.

De la que fué joya de Cuéllar, el convento de San Francisco, que Don Beltrán de la Cueva, su patrono, renovara para humillar á su rival Don Juan Pacheco, fundador por entonces del Parral de Segovia, nada queda... La invasión francesa, primero; la secularización de monasterios, después; el descuido de sus patronos, luego; y la rapiña y la barbarie de los vagabundos, siempre, han dejado este magnífico templo reducido á las solas paredes que, gimiendo su abandono, se desmoronan.

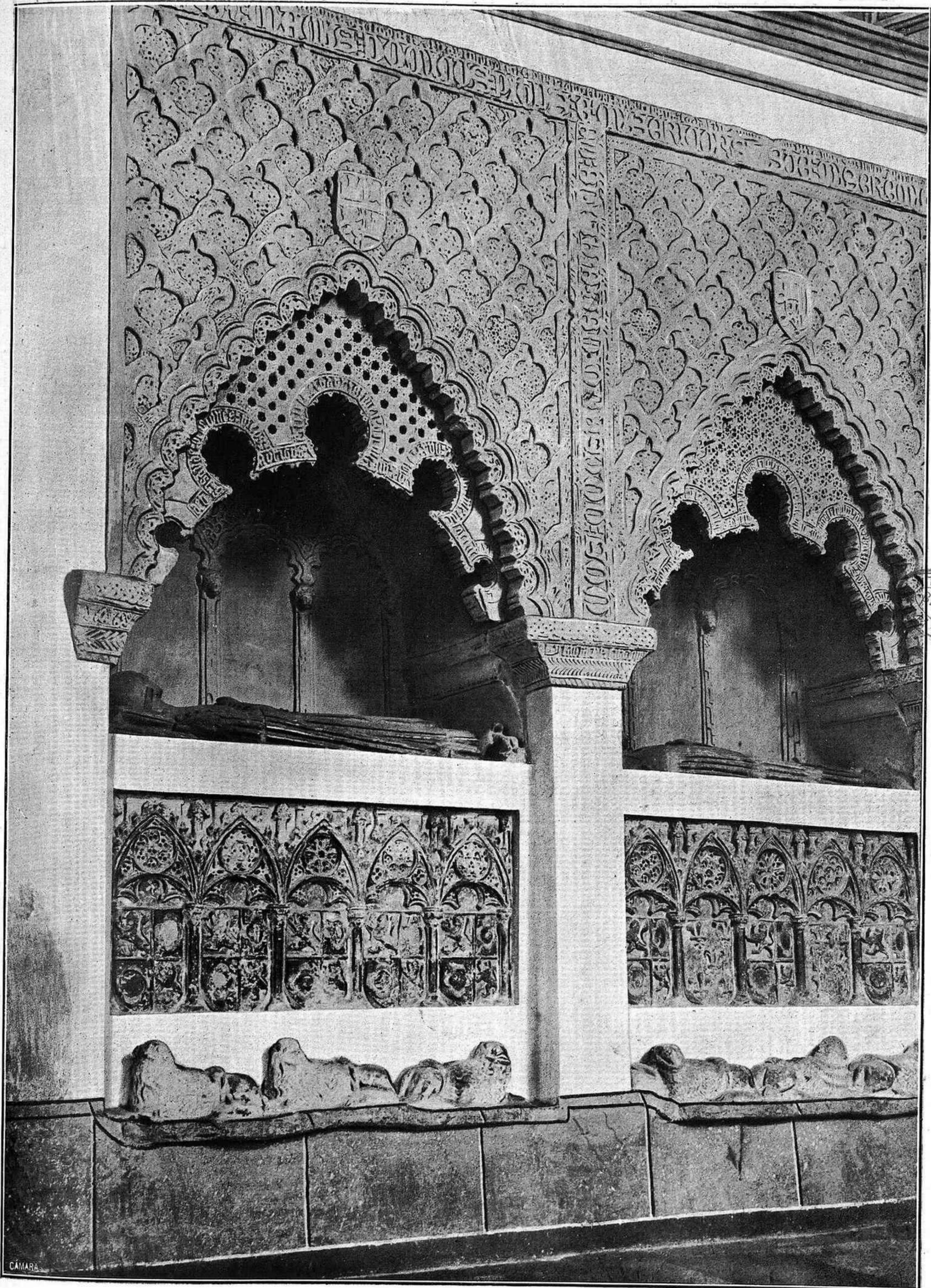
Nos falta espacio para mencionar siquiera los muchos ilustres varones que vieron en Cuéllar la primera luz; y hacemos punto aquí, recordando que en esta Villa, año de 1554, *el cruel* Don Pedro celebró sus ilícitas bodas con Doña Juana Fernández de Castro, noble señora, cuya ambición corrió parejas consu desventura... ¡Fué reina una sola noche!...



Pulpito que fué del convento de San Francisco, de Cuéllar, y que se conserva en la Catedral de Segovia

HERACLIO S. VITERI

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



SEPULCROS OJIVALES DE GRAN MÉRITO ARTÍSTICO QUE EXISTEN EN LA IGLESIA ROMÁNICA DE SAN ESTEBAN, DE CUELLAR

FOT. VITERI

DE NORTE A SUR



SETENTA MILLONES EN BARRILES
Aspecto del muelle del Havre, lleno de barriles que contenían setenta millones de francos en oro



UNA BODA PINTORESCA
Cortejo nupcial en Dalecarlia (Suecia), en el que los novios y el acompañamiento vestían los trajes arcaicos del país

Hablemos del oro

Durante varios días ha atravesado las calles de París un camión más. Esto no tiene importancia. Uno de los muelles del Havre se había llenado antes de barriles, de cajas de madera. Esto tampoco tenía importancia. Antes en la sentina del *Saboya*, entre cajones de mercancías y equipajes de viajeros fueron de América a Francia esos barriles y esas cajas de madera. Tampoco esto tuvo importancia. Y sin embargo, sólo en un rincón de la sentina del buque había más de treinta millones en oro, acuñado y en lingotes; los barriles y cajones almacenados en el muelle de Havre, encerraban sesenta millones de francos y muy cerca de cincuenta millones iban en el camión que atravesaba las calles desde la Estación de San Lázaro hasta el Banco de Francia, sin escolta ninguna...

Los Estados Unidos están enviando actualmente a Francia doscientos millones de francos en oro.

Otras veces estos envíos se hicieron con infinitas precauciones, con innumerables vigilantes, con barcos fletados expresamente y los furgones cerrados, blindados y custodiados por fuerza del ejército.

Ahora, ya lo veís, nada de eso ha hecho falta. Amparándose en un vulgar precepto psicológico que no desconocen los que tienen que ocultar algo muy codiciado, el Banco de Francia ha recibido intactos sus doscientos millones de francos como si se tratara de unos barriles llenos de mercancías de escaso valor.

Y es que en el fondo la humanidad es demasiado cándida. Concede más valor a unos objetos de bisutería que a unas joyas finas, si el bisuterero resguardó con fuerte reja su escaparate y dejó el suyo el joyero sin otra protección que el cristal; ó le parece más bella, deseable y digna de amor la jamona cubierta de sedas, alhajas y perfumes, que la obrerilla sin más riquezas y atractivos que su cuerpo gentil y su cara bonita y su espíritu alegre.

No obstante, hay otro peligro más temible que la codicia de los hombres. A los hombres se les puede engañar; al mar no. El mar, que conserva en sus profundos más millones que circulan entre todas las naciones del Universo. El mar, que mientras Francia recibía los barriles llenos de oro; que, mientras España se estremecía de halagüeña esperanza con la baja de los francos y la noticia del oro almacenado en nuestro Banco, recibía con el naufragio del buque *Empress-of-Ireland* nueve millones de francos, contantes y sonantes...

El recuerdo inhallable

En la tarde soleada y polvorienta de Julio subimos al cementerio. Al otro lado quedaba la ciudad ensordecida, febril por el bullicio dominical. En los merenderos de Amaniel, de la Bombilla, de las Ventas, sonarían los organillos y bailarían abrazadas, sudorosas, las parejas; en los Parques de recreos las burguesitas de cada barrio jugarían a divertirse; por las frondas de la Moncloa y del Retiro, habría holgorio de me-

riendas, risas de niños y lentas paseatas de novios.

Nosotros avanzábamos en silencio por entre los silencios sonoros de los patios de la Sacramental de San Justo. Una paz infinita llovía invisible del cielo é impalpable nos envolvía buscando el corazón. Ni siquiera cabeceaban los altos cipreses. De cuando en cuando un pájaro cantaba oculto. Por entre nuestros pies escapaban menudas lagartijas. Panteones orgullosos, altivos sarcófagos, tumbas sencillas, decían nombres y fechas. Había lápidas ennegrecidas y resquebrajadas en que las letras estaban medio borradas y sin embargo, sobre ellas, un ramo de flores frescas y recién cortadas; tumbas de un mármol reciente, casi agresivo de tan blanco, con una fecha que aún vibra en los corazones heridos. Había tumbas, que daba pena mirarlas de tan olvidadas. De vez en vez nos cruzábamos con una mujer enlutada, con un hombre que tenía los ojos encendidos de llorar ó con unas muchachas que vestían trajes claros. ¿Hay nada tan triste, tan tiernamente melancólico como adivinar el luto de un corazón debajo de las telas de colores que hablan de una fecha ya lejana?

Y cuando llegamos a nuestro pobre muerto, arrodillados ante el sarcófago blanco—por muy reciente—sentimos la amarga delicia de llorarle y de rezarle nuevamente, y de cubrirle de flores, con las mismas palabras, con unas flores semejantes a las de los días trágicos en que desapareciera. Su cuerpo estaba allí debajo de la losa, protegido por la cruz, esperando a los que habrán de reunirse más allá de la muerte...

Suave y dulce caía la tarde y ya en sombras rechinaron las piedrecillas del camino bajo las



CEREMONIA FÚNEBRE ORIGINAL
Aventando las cenizas de un muerto desde la azotea del más alto edificio de Cincinnati

ruedas de nuestro coche. La misma paz del cielo vespéral que bajara a nuestro corazón subía de nuestro corazón como una humareda votiva.

Y pensamos en ese obrero de Cincinnati que dejó dispuesto en su testamento que aventaran sus cenizas en las cuatro direcciones cardinales desde la más alta casa de la ciudad.

El otro día—tal vez también en una tarde de domingo en que buscaran piadosamente el recuerdo amado los huérfanos, los viudos, los hermanos, los padres, los amantes—se cumplieron los deseos del difunto.

Desde la azotea de la *Unión Central Life Insurance* un hombre volcó sobre la ciudad las cenizas de otro hombre...

Una boda pintoresca

Los campesinos suecos tienen el culto al pasado reclamatione sujeto a su alma. Es un sagrado fuego que no dejan apagar nunca. Podrá amortiguarle temporalmente la vida moderna—tan desnuda de bellezas y consoladores sentimentalismos—podrá incluso hacer creer que se apagó para siempre, pero resurge más encendido, más luminoso que nunca en los grandes episodios, lo mismo del dolor que del regocijo.

Aquí, en estas isocrónicas reparaciones de usos y costumbres pretéritas, está afianzada la raza. Y para el que aprendiera a amar los pueblos y los hombres desconocidos a través de los libros, será una grata sorpresa encontrar que la vida responde exacta y fiel a la literatura.

Ved ese cortejo nupcial de campesinos. Es en Dalecarlia, una de las provincias del centro de Suecia, donde más puro se conserva el respeto a las viejas tradiciones.

Los novios, los padrinos, todo el acompañamiento visten los trajes populares de otros tiempos más pintorescos y más ingenuos.

Delante del cortejo va el viejo violinista que toca y danza los *lieder* arcaicos y sencillos.

Bajo el cielo melancólico vibran los trajes de colores agrios, los abalorios brillantes, y sonríen las muchachas de pelo de lino y ojos azules.

Es como si leyéramos los poemas de Snolisky ó Rydberg, como si leyéramos los cuentos de Selma Lagerlöf ó las heroicas leyendas de Heidenstam.

Más aún. Es la evocación de los cuadros de Karl Larsson, Osterlind y Werens Rjold. Y sobre todo es la obra vigorosa, admirable, de Anders Zorn, uno de los más grandes artistas contemporáneos, la que surge ante nosotros.

Anders Zorn nació en Dalecarlia. Era hijo de unos labriegos; pastoreó los rebaños de sus padres y se distraía tallando con el cuchillo sobre pedazos de madera figuras de animales que luego coloreaba—como en los lejanos siglos primitivos—con substancias de las flores.

Muchas veces ha pintado la tierra natal y nunca la olvida.

«De vez en cuando—dice—necesito volver a mis bosques y ver a mis queridos campesinos de Dalecarlia, vestidos con sus trajes chillones y bellos. A su lado vuelvo a ser el pastorcillo de otro tiempo y paso las horas más felices de mi vida.»

José FRANCÉS

LAS ARTES GRÁFICAS
ESPAÑA EN LA EXPOSICIÓN DE LEIPZIG



Pabellón de España en la Exposición de Artes Gráficas que se celebra actualmente en Leipzig

ENTRE los bibliófilos del mundo entero hay este aforismo: «Si os roban un libro raro, un precioso incunable, un cartulario maravilloso, un códice único, buscadlo en Leipzig. Allí parecerá». Y es verdad, Leipzig es la Meca del papel impreso. Pocas ciudades le aventajan ó igualan en genio mercantil é industrial, pero ninguna se le acerca en esta misteriosa adoración por el libro. No le importa su antigüedad, ni el idioma en que está escrito, ni el lugar en que ha sido impreso, ni la materia de que trate, ni la estimación que haya merecido á la crítica. Leipzig ama al libro por ser libro, y como lo ama, lo produce en cantidades enormes, lo acapara por toneladas, y lo compra y lo vende por miles de millares. En las librerías de Leipzig hay más tomos que en todas las bibliotecas públicas de España juntas. Los catálogos de aquellos traficantes son admirables obras de bibliografía, que buscan al lector por todos los rincones del mundo. Se publican catálogos por

materias, por idiomas, por países. Diríase, con verdad, que en manos de un librero de Leipzig, la papeleta bibliografía tiene vida. Para ellos todo papel impreso tiene valor y en esas catalogaciones admirables se encuentran las colecciones de periódicos, los folletos, las hojas sueltas, los romances de ciego y las coplas callejeras, los manuscritos, los autógrafos, los legajos oficiales. Este espíritu de devoción al papel impreso ha creado en Leipzig una industria de artes gráficas admirable. Cada año celebra aquella ciudad dos ferias, en la que en distintos edificios exponen los fabricantes muestrarios de sus productos. La maquinaria, la cerámica, la bisutería y juguetería alcanzan en esas exposiciones, el más alto progreso, pero sobre to-

das las instalaciones hay dos que los visitantes miran con religioso respeto. Son las instalaciones de los libros antiguos y la de los impresores y editores que ofrecen sus publicaciones recientes y sus innovaciones en artes gráficas.

A esas ferias de Leipzig acuden los grandes comerciantes de todos los países del mundo. Esos días la ciudad alemana se convierte en una Babel asombrosa, donde se hallan todos los idiomas y todos los dialectos, y donde muestran los viandantes exóticas vestiduras.

Este año se ha dado mayor espacio á la exposición de artes gráficas, y España, secundando la iniciativa del Instituto Catalán de la Artes del Libro, ha acudido á la Feria, alcanzando un éxito indiscutible. No se tenía idea en Europa de nuestro progreso en las industrias gráficas. Los editores que en París, en Heidelberg, en Londres, en Nueva York, en Lieja, en Berna imprimiendo libros en español, explotan los mercados recientes de la América latina, no se han dado



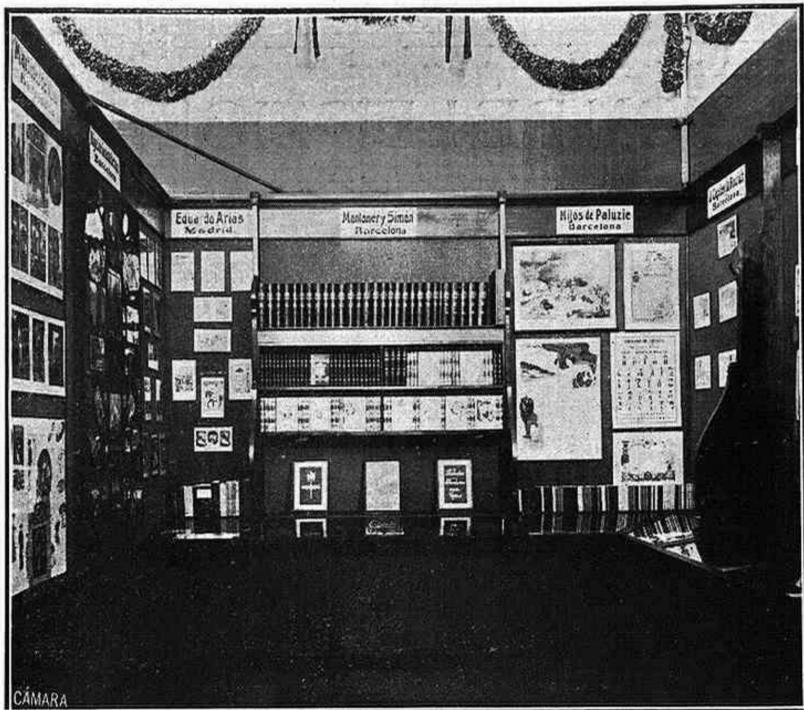
Detalle de la sala de España.—Puerta de entrada



Instalaciones catalanas en la Exposición de Leipzig



Busto de Don Alfonso XIII en la sala de España



Instalaciones de Montaner y Simón, Arias, Paluzie, Martínez del Villar y otros editores españoles



Instalaciones del Instituto Catalán de las Artes del Libro en el pabellón de España

cuenta hasta ahora, de que la supremacía de sus negocios sobre el de los editores españoles, proviene de causas ajenas a la máquina de imprimir; tienen en sus países facilidades de transporte y organizaciones bancarias de que España carece.

Las artes gráficas españolas están a igual altura que las alemanas y las italianas, con una imponderable ventaja sobre todas ellas en cuanto al precio. Costando el papel en España más caro que en el resto de Europa, nuestros semanarios ilustrados son más perfectos y más baratos que todos sus similares; no hay en toda Europa, ni en los Estados Unidos revistas como *Blanco y Negro*, que cuesten treinta céntimos, ó como *Mundo Gráfico* que cuesta veinte. Las

ilustraciones del tipo de *LA ESFERA* en Inglaterra, en Francia y en Alemania valen generalmente un chelín, un marco ó un franco, á pesar de tener numerosas páginas exclusivamente de anuncios. Hay en Londres un homónimo de esta revista que vale setenta y cinco céntimos y que muy rara vez publica páginas á todo color. Las ilustraciones extranjeras consideran un alarde dar un número impreso en dos colores.

LA ESFERA y *Mundo Gráfico* han acudido á la Feria de Leipzig, en unión de varios editores é impresores de Madrid y Barcelona. Estábamos seguros de alcanzar el éxito que hemos logrado, no en beneficio directo de nuestras industrias, sino en honor de España, cuyo progreso ha quedado grabado de un modo incontestable. Y con

estas pruebas del desenvolvimiento de nuestras artes gráficas, no ha ido sólo el espíritu de nuestros fotógrafos, nuestros grabadores, nuestros cajistas y nuestros maquinistas, sino el de nuestros pintores y dibujantes, con su luz vibrante, con sus líneas firmes, con sus personalidades bien definidas, manteniendo sobre toda Europa la supremacía de la patria de Goya y de Velázquez.

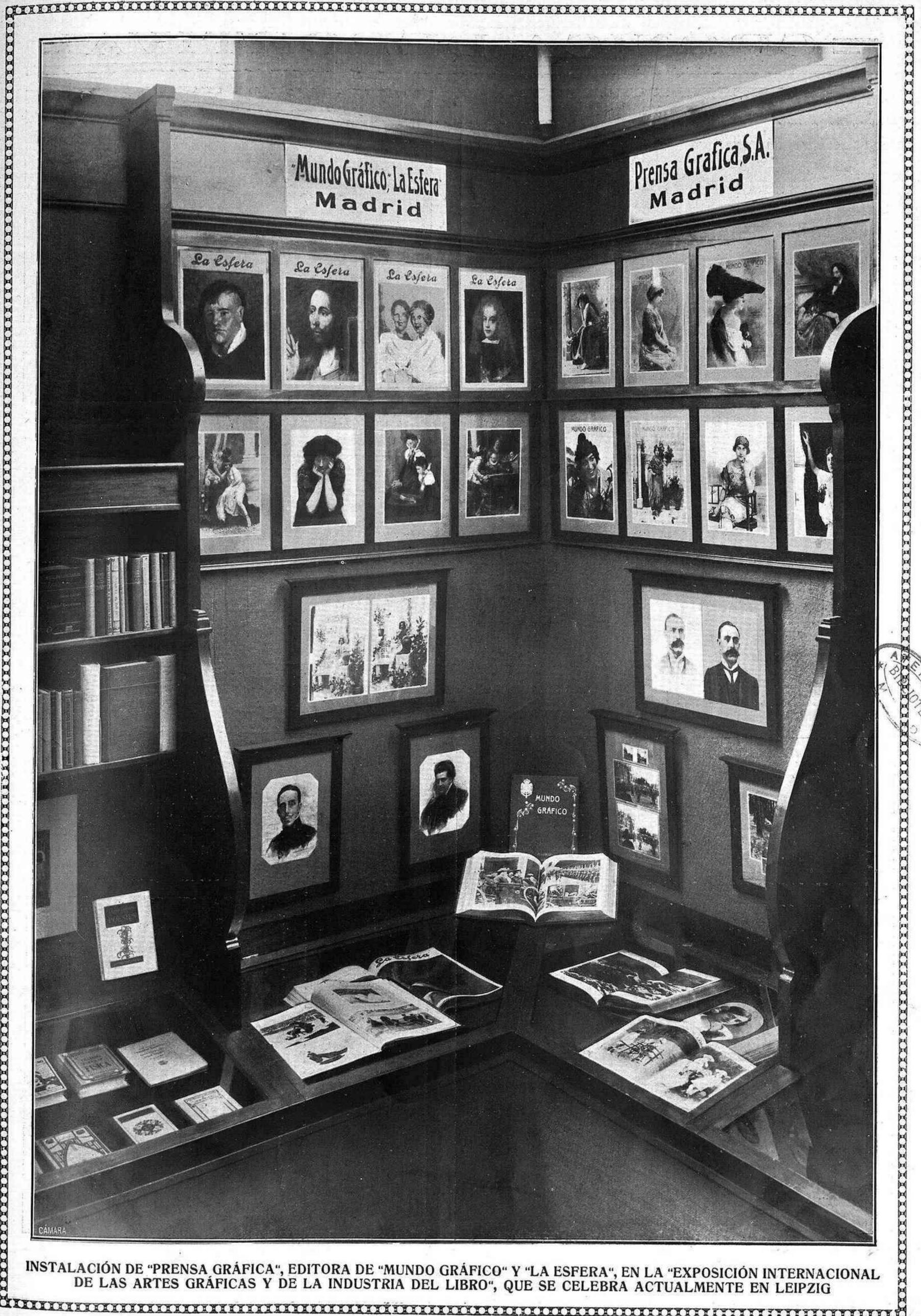
No debemos hablar del sacrificio material realizado, porque nos lo remunera espléndidamente la satisfacción del honor conseguido para nuestro país.

En pocas ocasiones, como en ésta, se cumple el emblema del impresor de Maguncia: «Trabaja y ten fe».



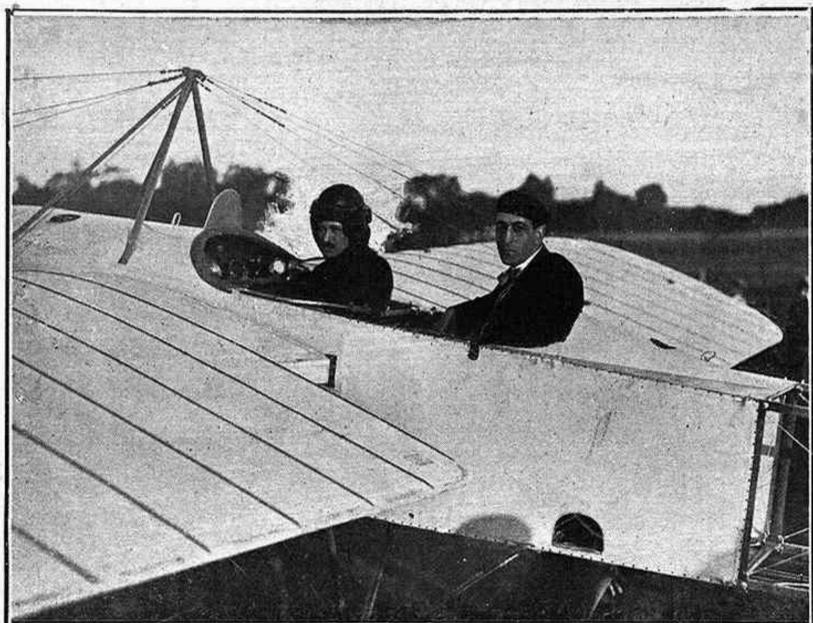
Instalaciones de Thomas, Bailly-Baillière, Sopena, Vidal y Mateu

LA ESFERA

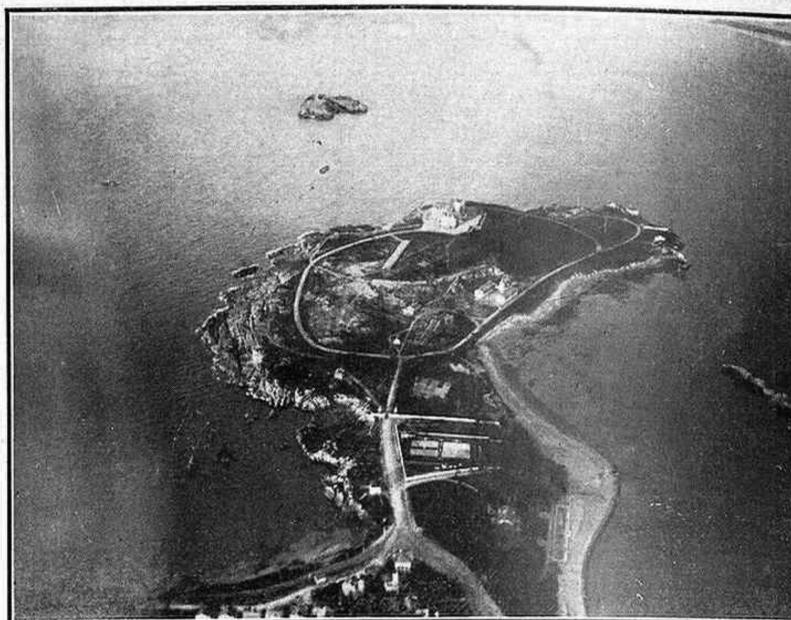


INSTALACIÓN DE "PRENSA GRÁFICA", EDITORA DE "MUNDO GRÁFICO" Y "LA ESFERA", EN LA "EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE LAS ARTES GRÁFICAS Y DE LA INDUSTRIA DEL LIBRO", QUE SE CELEBRA ACTUALMENTE EN LEIPZIG

CRÓNICA DEPORTIVA



Los notables aviadores santanderinos D. Juan y D. Fernando Pombo, al emprender uno de sus magníficos vuelos



La península y el palacio de la Magdalena y la isla de Mouro, de Santander, vistos desde el aeroplano del Sr. Pombo

Entre los españoles que cultivan la aviación figuran en primera línea los Sres. Pombo, jóvenes de la aristocracia santanderina, que, en arriesgado vuelo, están demostrando ser unos consumados maestros en el manejo del aeroplano. El fotógrafo Sr. Alonso ha subido en el monoplano propiedad de los señores Pombo y durante su vuelo ha hecho varias fotografías, que publicamos en esta página.

De los deportes extranjeros, merece especial mención el encuentro verificado en Londres entre los formidables boxeadores

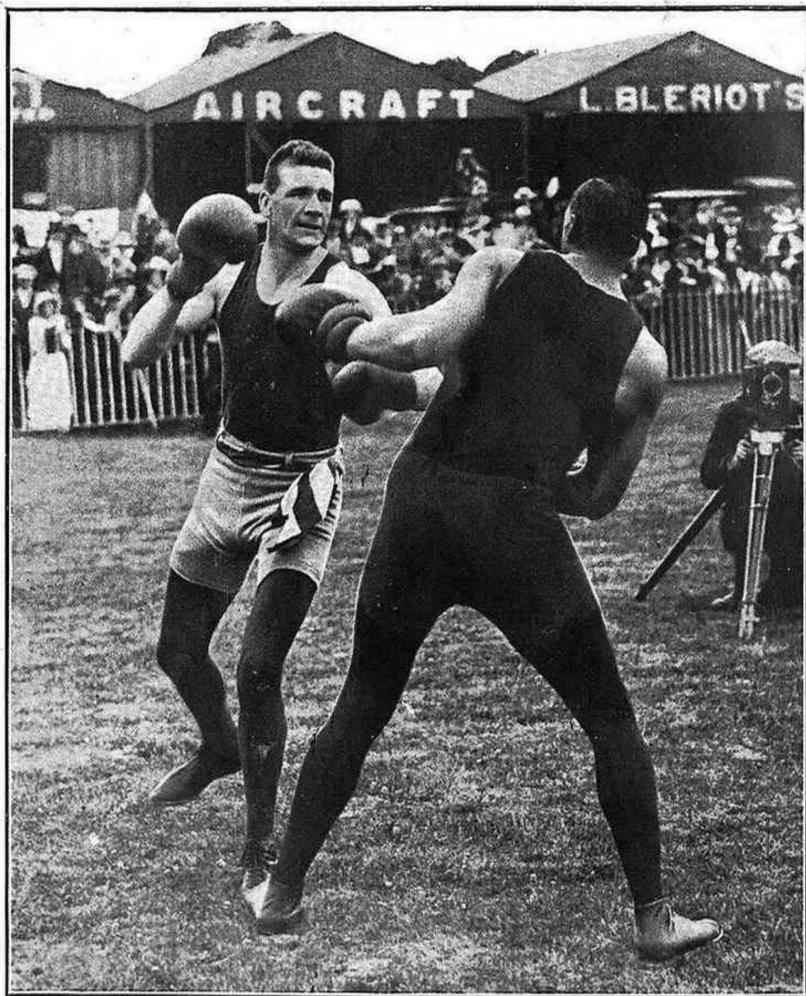


La población de Santander, vista por encima de las nubes
FOTS. ALONSO

res Carpentier y Smith, campeones de Europa y América respectivamente. En este combate fué descalificado Smith, siendo por lo tanto proclamado vencedor y campeón del mundo Carpentier.

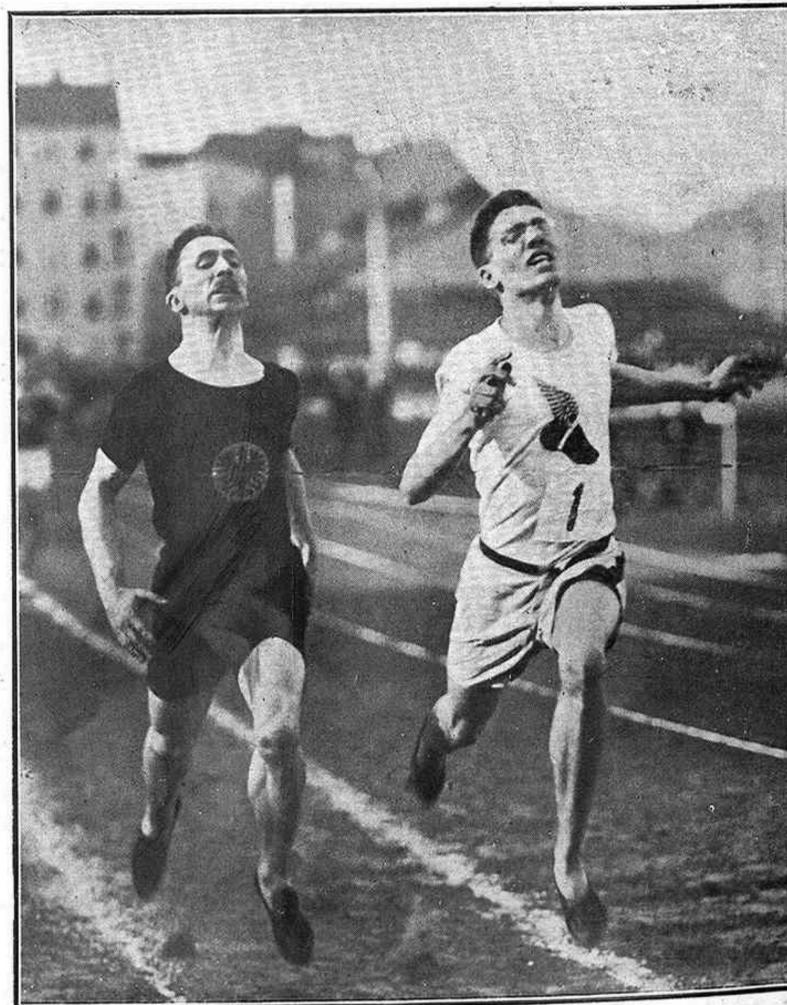
El Olimpia, parque donde ha tenido lugar el emocionante encuentro, aparecía lleno del más selecto público inglés.

Las carreras pedestres se cultivan poco en España; no ocurre así en el extranjero donde se organizan constantemente concursos de gran importancia, como el celebrado recientemente en Berlín.



Los célebres boxeadores Smith y Carpentier en el "match" celebrado en Londres, y en el que el segundo ha ganado el campeonato del mundo

FOTS. HUGELMANN



El corredor americano Baker (1), que ganó la carrera internacional organizada por el "Athletic Club", de Berlín

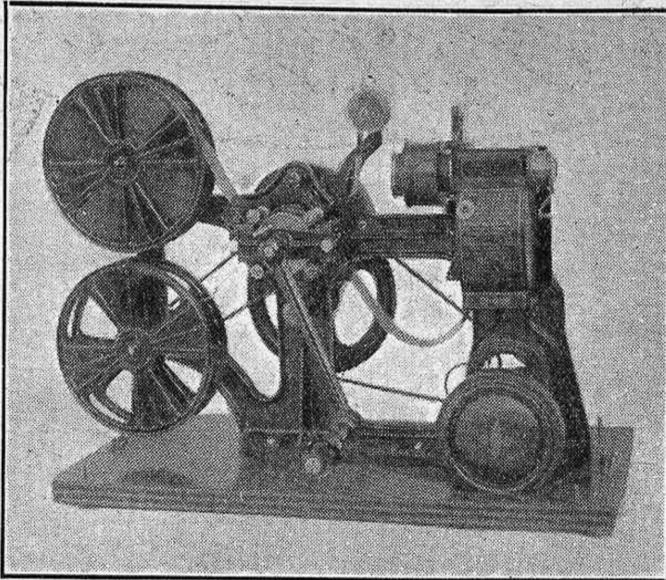
MAYOR, núm. 18, entlos.

"KOK"

La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un cinematógrafo

"KOK" PATHÉ FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA
EL MÁS ENTRETENIDO
EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de gran calor, para el jardín



Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por lo reducidos

Películas ininflamables de asuntos interesantísimos y variados

ALQUILERES
Y ABONOS
DE LAS MISMAS



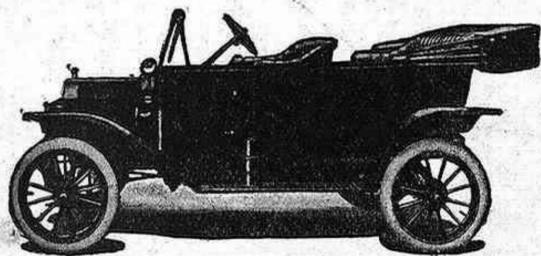
MAYOR, núm. 18, entlos.



La fábrica de Automóviles
:: más grande del mundo ::

MÁS DE 500.000 EN CIRCULACIÓN

SIMPLE □ LIGERO □ ECONÓMICO □ SÓLIDO



AGENTES EN TODA ESPAÑA

Pídanse catálogo "F" y detalles á

Ford Motor Company

61, Rue de Corneille, LEVALLOIS - PERRET (Seine) Francia



VINOLIA

EL JABÓN VINOLIA LIRIL VIOLETTES DE PARME es un Jabón delicadamente perfumado y dá una espuma cremosa que posee grandes propiedades calmantes y de limpieza.

London. VINOLIA. Paris.

V 759

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

≡ Venta de números sueltos ≡

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina

Massip y Comp.^a

Rivadavia, 698, BUENOS AIRES

25 JUL 1914

Jabon Flores del campo



1,25
la pastilla
en las buenas
perfumerias

Creación
de la perfumeria
Floralia

El Jabón Flores del campo proclamado por las damas Rey de los jabones

